

285

4830

ADMINISTRACION  
LIRICO-DRAMATICA.

---

EL FRONTERO  
DE BAEZA,

DRAMA CABALLERESCO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

DE

DON FRANCISCO LUIS DE RETES

Y

DON FRANCISCO PEREZ ECHEVARRIA.

---

MADRID.

SEVILLA, 14, PRINCIPAL. :

1877.

2

AUMENTO á la Adición al Catálogo de 1.º de Abril  
de 1877.

TÍTULOS.		Actos.	AUTORES.	Prep. que corresponde
<b>COMEDIAS Y DRAMAS.</b>				
3	3	Casamientos y vice-versa.....	1 D. Daniel Balaciart.....	Todo.
	.	Dimats 13.....	1 José Ovara.....	»
»	»	El conde Patricio.....	1 G. Sanchez Castilla..	»
1	10	El premio á la virtud—c. o. v.	1 José Olier.....	»
		En el Cármen y por Cármen— j. o. v.....	1 Elías Aguirre.....	»
3	1	Fuerza mayor.....	1 José Estremera.....	»
		La mamá de mi mujer....	1 Eduardo Maza.....	»
		Los tres novios de la niña....	1 M. Ramos Carrion..	»
4	2	La torre de Talavera.....	1 Eugenio Sellés.....	»
2	2	Por un anuncio.....	1 J. G. de Iribarrén...	»
2	1	Receta contra la bilis—c. o. v.	1 José Trinchant.....	»
		Un aprenent de lletí.....	1 José Ovara.....	»
5	2	El 15 de Febrero—j. o. p....	2 Salvador Lastra.....	»
5	2	¡Don Martin!.....	3 R. Lopez del Rio...	»
9	2	El frontero de Baeza.....	3 Sres. F. L. de Retes y F. P. Echevarría....	»
		El más sagrado deber—d. o. v.	3 D. Leopoldo Cano.....	»
3	3	Enseñar al que no sabe—c. o. v.	3 Leandro A. Herrero.	»
5	2 a.	Ethelgiva.....	3 D.ª Elisa de Luxán....	»
		Fueros y Germanías, ó el en- cubierto de Valencia.....	3 D. F. Palanca y Roca..	»
		La cruz de plata.....	3 F. Palanca y Roca..	»
10	2 a.	La dama del Rey.....	3 Valentin Gomez.....	»
3	2	Los niños y los locos.....	3 Eusebio Blasco.....	»
		Pablo ó la Providencia.....	3 F. Cid Rodriguez...	»

**EL FRONTERO DE BAEZA.**

**TEATRO ESPAÑOL.—NOVIEMBRE 1877.**



# EL FRONTERO DE BAEZA,

DRAMA CABALLERESCO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

DE

**DON FRANCISCO LUIS DE RETES**

Y

**DON FRANCISCO PEREZ ECHEVARRIA.**



MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1877.

PERSONAJES.

ACTORES.

DOÑA ESTRELLA.....	DOÑA MATILDE DIEZ.
GUIOMAR....	EMILIA DANSAN.
DON DIEGO DE BENAVIDES....	D. ANTONIO VICO.
DON RODRIGO DE ROJAS.....	ANTONIO ZAMORA.
DON PEDRO MANRIQUE. ....	JULIO GARCÍA PARREÑO.
DON ALONSO MANRIQUE. ....	ALBERTO RODRIGUEZ.
FERNAN.....	MARIANO FERNANDEZ.
NUÑO.....	JOSÉ BARTA.
FORTUN.....	JULIAN CASTRO.
UN CABALLERO.....	JORGE PARDIÑAS.
JIMEN.....	FRANCISCO SANJUAN.
Partidarios de los Manrique.—Partidarios de los Rojas.—Caballeros.—Hombres de armas.	

La accion en Bacza. — Siglo XV.

---

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traduccion.

Los comisionados representantes de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á LA EXCMA. SEÑORA  
DUQUESA DE LA TORRE,  
CONDESA DE SAN ANTONIO.

Para que esta obra tenga una belleza, se la dedican

Sus amigos

*Los autores.*





---

## ACTO PRIMERO.

---

### CUADRO PRIMERO.

---

Gran plaza de la Edad Media en Baeza.—Á la derecha del actor boca-calles, y en la esquina, que da frente al público, una imagen de la Virgen con farol encendido.—Á la izquierda, frondosa arboleda en primero y segundo término y alguna casa, y calle en tercero. Al fondo, alcázar en ochava de tres frentes. Puerta practicable al centro; poterna practicable con puerta de hierro en la ochava de la derecha.—Puente en la de la izquierda que se pierde entré bastidores.—Balcones practicables en las tres ochavas.—Telon de foro de ciudad.—Bancos de piedra á derecha é izquierda.

### ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon comienza á anoecer; óyese una campana; van llegando á la plaza los CABALLEROS por diferentes sitios. D. PEDRO y D. ALONSO salen por la puerta principal del alcázar.

PEDRO. Hijo Alonso, vamos ya,

que repica el esquilon,  
y es forzosa obligacion  
llegar los primeros.

ALONSO. ¡Ah!

dejad, padre, que repique  
y el paso no apresureis;  
siempre el primero sereis  
por Frontero y por Manrique.

PEDRO. (Saludando.) Señores, que el cielo os guarde.  
(Saludan todos.)

CAB. El Señor tambien á vos.

PEDRO. ¿Vais al consejo, Quirós?

CAB. Como os plazca más.

ALONSO. No es tarde

CAB. ¿Hay asuntos?

PEDRO. De tal suerte  
importantes, que á mi ver  
álguien pudiera correr  
grave peligro de muerte.

ALONSO. Los Rojas.

CAB. Entónces vos  
el triunfo habeis alcanzado?

ALONSO. El rey los ha desterrado  
de Baeza.

CAB. (Con alegría.) ¡Vive Dios!  
recibid mi parabien,  
señor don Pedro.

PEDRO. En verdad,  
de mi triunfo la ciudad  
regocíjese tambien.  
Término da á sus congojas  
el fin de nuestra contienda  
de dos siglos; lucha horrenda  
entre Manriques y Rojas.  
Nos dará fuerza pujante  
nuestra union.

CAB. Sois el Frontero...

ALONSO. La fuerza la da el acero  
siempre glorioso y triunfante.;  
Mal acata mi rencor  
el mandato de su alteza;  
desterrarlos de Baeza

- es clemencia, no rigor.
- PEDRO. Vencimos en buena ley.
- ALONSO. Y ya es dueño nuestro brío  
de Baeza.
- PEDRO. No, hijo mio;  
Baeza es sólo del rey.  
Cuando plazca á mi señor  
el mando le restituyo;  
el llamarme dueño suyo  
es llamarme usurpador.  
Yo sólo soy el Frontero  
contra el moro, por Castilla,  
que las huestes acaudilla  
de don Enrique tercero.  
(Óyese dentro derecha el sonido de un laud.)  
¿Qué sonido?...
- CAB. Un trovador  
de esos que cruzan la tierra  
cantando historias de guerra  
ó dulces trovas de amor.
- PEDRO. Sí, no hay duda, es un juglar  
que la mandolina ensaya!  
pláceme la ciencia gaya!
- ALONSO. ¿Á qué viene aquí á trovar?  
Siempre canta los rencores  
de las familias rivales,  
siempre contiendas mortales  
y desdichados amores.  
Cuando la luna su brillo  
en el horizonte apaga,  
con paso trémulo vaga  
alrededor del castillo.  
Cancion de amores arroba  
la mente de una doncella;  
no ha de ver ni oír Estrella  
al trovador ni la trova.  
(Aparece D. Rodrigo y pasa lentamente por delan  
te del alcázar.)  
¡Miradle! el mancebo intonso,  
aunque aquí nos ve, se atreve!...  
¿Qué oculta intencion le mueve?...  
(Dirígese violentamente al juglar. Aparece Don

DIEGO. (Diego de Benavides. El juglar se aleja.)  
(Saliendo y deteniendo á D. Alonso.)  
¿Adónde vais, don Alonso?

## ESCENA II.

LOS MISMOS, D. DIEGO.

ALONSO. (Con despreció.)  
¿Benavides!

DIEGO. ¡Bueno fuera  
que eclipsara vuestra gloria  
tal desman!

ALONSO. ¿Cómo?

DIEGO. Esa historia  
la ha llorado Italia entera;  
de vos no es digno trofeo  
su muerte; tened la planta;  
el juglar la historia canta  
de Julieta y de Romeo.  
Manrique, la sabeis vos?

ALONSO. No la sé.

DIEGO. Me maravilla;  
que no hay hidalgo en Castilla  
que la ignore.

ALONSO. (Con fiereza.) ¡Vive Dios!  
Ruin empresa es á los bríos  
que heredé de mis mayores  
pensar en viles amores  
y en frágiles extravíos.  
Alta y digna empresa es,  
como noble caballero,  
cubrir el cuerpo de acero,  
vestir el brillante arnés,  
velar la faz la celada  
y unir en estrecho lazo  
el limpio escudo en un brazo  
y en otro la férrea espada.  
No empleo mi juventud  
en villanías ociosas,  
están mis manos callosas  
para pulsar un laud.

Acostumbrado á las lides  
de las lides voy en pos,  
ese empleo es para vos  
mucho mejor, Benavides.

**DIEGO.** (Con calma.) Blanca y suave está mi mano,  
y nunca tuve á desdoro  
pulsar el laud sonoro,  
que no es oficio villano.  
Pero más precio la espada,  
y bien conoce en las lides  
á Diego de Benavides  
el rey moro de Granada.  
Yo en la contienda campal  
muero, ó triunfo, no me entrego;  
pensad en eso.

**ALONSO.** (Con ira.) ¡Don Diego!

**PEDRO.** (Interponiéndose.) Hijo Alonso, hiciste mal.

**ALONSO.** ¡Ah, señor!

**DIEGO.** De todos modos  
guerreros y castellanos,  
caballeros y cristianos,  
lo que hago yo lo hacen todos.  
De valor y de nobleza  
¿quién, don Alonso, podrá  
presumir en dónde está  
el Frontero de Baeza?

**PEDRO.** (Dando la mano á D. Diego.)  
Gracias; menguado y malsin  
sea quién de tí ha dudado;  
los hechos has eclipsado  
de tu padre don Martin.  
No habrá nadie que te afrente  
ante mí, no lo osarán;  
¿pero por qué tan galan,  
tan altivo, tan valiente,  
y la santa ley de Dios  
desprecia tu juventud,  
falta tu alma de virtud?

**DIEGO.** ¡Por vos, don Pedro, por vos!

**PEDRO.** Por mí, Diego!

**DIEGO.** Aunque en verdad  
no hace á la virtud insulto,



ESCENA III.

D. DIEGO, D. RODRIGO.

DIEGO. ¿Qué vais á hacer, don Rodrigo?

ROD. Me conocísteis?

DIEGO. Pues no?

gracias que no os conoció  
don Pedro, vuestro enemigo.  
quedaros aquí es locura.

ROD. Así lo ordena mi suerte!

DIEGO. Pues vais derecho á la muerte!

ROD. Si la muerte es mi ventura,  
si es mi esperanza más bella,  
mi más grato porvenir,  
si yo no puedo vivir  
estando lejos de Estrella.

DIEGO. ¡Tanto la quereis!

ROD. ¿Hay tal?

es desvarío mi amor.

DIEGO. Pues aún hay otro mayor;  
el mio.

ROD. ¡Vos mi rival!

DIEGO. ¡Sí! no vivais descuidado  
aunque sois del bien querido,  
amante favorecido  
y yo tal vez desdeñado.  
Que á tan alto se arrojó  
el empeño en que me veis,  
que el desdeñado sereis  
y el favorecido yo.

ROD. Pues si á tanto, caballero,  
contra mi ventura osais,  
ese empeño á que os lanzais  
puede alcanzarle el acero.  
Salgan al viento las hojas  
y prueben en buenas lides,  
don Diego de Benavides  
y don Rodrigo de Rojas,  
pues del cariño de Estrella  
ambos tienen la ambicion,

quién merece el galardón  
y quién es más digno de ella.

DIEGO. Escuchadme, pese á tal!  
escuchadme don Rodrigo,  
que aunque soy vuestro enemigo,  
soy enemigo leal.

Y aprovechad mi franqueza  
contra mí, de cualquier modo;  
voy á revelarlo todo  
como cumple á mi nobleza.

Pero ántes deciros quiero  
que en mi favor nada os pido,  
ni aun quedarme agradecido,  
basta ser yo caballero.

Esa violenta pasión  
que por Estrella os inflama  
incendió con mayor llama  
este amante corazón.

Si el vuestro de amor inunda  
de amor el mío cautiva,  
si en vuestro pecho arde viva  
en el mío arde profunda.

Vos invocando al amor  
teneis un solo derecho,  
yo tengo dos; en mi pecho  
arde amor y lucha honor.

ROD. ¡Explicaos!

DIEGO. ¡Ay de mí!

Rojas, mi suerte es funesta,  
una desdichada apuesta  
me precisa á obrar así.

ROD. Acabad por vida mía.

DIEGO. Palabra he dado de honor  
en el frenético ardor  
de una tumultuosa orgía,  
de que si en un plazo es vano  
mi empeño ¡cumple mañana!  
daría á una cortesana  
mi nombre ilustre y mi mano.  
Esclavo soy de mi fe  
si no salgo con mi empeño,  
y de Estrella no soy dueño...



- ROD.       ¿Os casais?  
DIEGO.       No: moriré.  
              Juzgad.  
ROD.       ¿Y es mañana?  
DIEGO.       ¡Sí!  
ROD.       Muy corto os ponen el plazo,  
              si os prendieron en un lazo  
              eso os toca á vos, no á mí.  
DIEGO.       Es que yo os puedo perder  
              con una voz, con un gesto.  
ROD.       ¡Benavides!  
DIEGO.       Mas no es esto  
              lo que un noble debe hacer.  
              Una esperanza me resta,  
              que ceda esa cortesana.  
ROD.       La creo esperanza vana.  
DIEGO.       Hoy mismo espero respuesta.  
              Cual caballero cumplí,  
              ya estais advertido. Adios.  
ROD.       ¿Teneis confianza vos,  
              Benavides?  
DIEGO.       Tal vez sí.  
ROD.       Dejad que en su amor confie.  
DIEGO.       Confiad; pero al presente  
              ved que el riesgo es inminente.  
ROD.       Dios os guarde!  
DIEGO.       El cielo os guie  
              (Váse D. Rodrigo.)

## ESCENA IV.

D. DIEGO.

¡Ay, fieras luchas de amor!  
¡ay, apuesta malhadada!  
¡ay, mi Estrella idolatrada!  
¡ay, duras leyes de honor!  
Fuera indigna alevosía  
no advertirle; ya lo está!  
y si triunfo, no será  
con mengua de la hidalguía.

ESCENA V.

D. DIEGO, FERNAN.

FERNAN. Sobre los lomos de un cuártago,  
á quien coma mala landre,  
la vuelta dí de Quesada  
en más de ocho horas mortales;  
ví á Aldonza, del diablo hija  
y de los cielos imágen,  
y roto y no descansado  
entreguéla tu mensaje.  
Hízome esperar respuesta  
otras dos horas cabales  
creyéndome dueña acaso  
de las que llevan y traen.  
Perdí en Quesada paciencia  
y mi voluntad dí al traste,  
porque aún hecha no la tengo  
para zurcir voluntades.  
Pagóme con un cornado,  
que es muy justo que así paguen  
á los que enderezan tuertos  
que ni les tocan ni atañen.  
Torné á montar en el cuártago,  
cuártago así Dios me salve,  
que tiene pujos de empuje  
y como el pienso la sangre.  
Tardo y mohino en el campo  
entróse en la villa á escape,  
porque el olor del pesebre  
llevóle al entrar el aire.  
Aquí la respuesta traigo,  
y si no me pagan gajes,  
no será la culpa mia  
sino del que no los pague.

DIEGO. Méenos tardaste mi encargo  
en hacerle que en contarle.  
¡Y contestó?

FERNAN. Largo y limpio.

DIEGO. ¿Dónde?

FERNAN. (Dándole un pergamino.) ¡Aquí lo tienes!

DIEGO.

Dame.

Á ámbar trasciende.

FERNAN.

Está claro;

son cortesanas señales,  
muy propias de cortesanas,  
como esa Aldonza Gonzalez.

DIEGO.

¡Qué me dirá!

FERNAN.

Nada bueno.

DIEGO.

¡Nada bueno! ¿tú lo sabes?

FERNAN.

¿Qué bueno puede decirte  
quien es causa de tus males?

DIEGO.

(Abriendo el pergamino.)

¡Leo con temor! ¡Dios mio!

préstame valor! (Recorriéndole con la vista.)

¡Ah, infame!

FERNAN.

¡No lo dije!

DIEGO.

Oye, Fernan,

y que el infierno me trague.

(Lee.) «Diego, si á tu amor me entrego

»no es porque te tenga amor,

»es que hombre de tu valor

»jamás se desprecia, Diego.

»Á tu pretension me niego;

»sé otra vez más cauteloso.

»Cumplido el plazo forzoso

»mi esposo te has de llamar,

»si ántes no puedes lograr

»ser de doña Estrella esposo.

»Combate, lucha, atropella

»y cumple lo prometido,

»porque has de ser mi marido

»ó esposo has de ser de Estrella.

»Tu palabra el pacto sella;

»yo conozco tu hidalguía,

»y tanto en ella confía

»Aldonza la cortesana,

»que aquí te espero mañana,

»pues sólo te falta un dia.

»Te advierto que no pretendas

»comprarme con joyas ni oro;

»teniendo entero el tesoro

»para mí, ¿qué valen prendas?  
»Y porque sepas y entiendas  
»que ser tu esposa prefiero,  
»aquí en Quesada te espero,  
»que tu intento malogrado  
»no querrás ser deshonrado,  
»felon ni mal caballero.»

FERNAN. Loco estuviste, señor.

DIEGO. ¡Loco estuve!

FERNAN. ¡El caso es grave!

DIEGO. Muy grave; que no es posible  
que yo á mi palabra falte.

FERNAN. ¡Si no consigues á Estrella  
con Aldonza has de casarte?  
Huyendo de una deshonra  
en otra das y más grande!

DIEGO. ¡Antes la muerte, Fernan!

FERNAN. Es preciso que te cases  
con Estrella.

DIEGO. ¿De qué modo?

Me la ha negado su padre;  
mas no importa, escribo á Aldonza  
que mañana en los altares  
doy mano de esposo á Estrella.

FERNAN. Voto á una legion de frailes  
Señor, que así quiero verte,  
atrevido y arrogante.

DIEGO. No podemos perder tiempo;  
corre, Fernan, y prepárame  
una escala y mil cornados.

FERNAN. Lo segundo no es muy fácil.

DIEGO. Tengo que entrar esta noche  
en su estancia á todo trance.  
Esa poterna...

FERNAN. Cerrada.

DIEGO. Si yo lograra la llave...

FERNAN. Guiomar acaso pudiera...

DIEGO. Fernan, ¿no es raro contraste  
que el amor y honor á un tiempo  
lo prohiban y lo manden?

FERNAN. Piensa, señor, en Aldonza  
y no dudes.

DIEGO.

Vé delante.

(Vánse por el fondo derecha.)

## ESCENA VI.

ESTRELLA.

Aparece Estrella por la puerta principal del alcázar.

Ya no se escucha rumor  
alguno; todos se han ido;  
no hay duda, mi amante ha sido,  
Rodrigo fué el trovador.  
¿Por qué se empeñan, por qué  
en contrariar la ventura  
de nuestro amor? ¿qué locura!  
nadie mata nuestra fé.  
¿Ah! nos separan quizás  
por un heredado ultraje,  
pero hembras de mi linaje  
no saben ceder jamás.  
Y si el odio y el rencor  
arman varoniles brazos,  
los sujetarán los lazos  
poderosos del amor.  
Pero ¡ah! la traidora suerte  
amenaza su cabeza,  
si no sale de Baeza  
perdido está, le dan muerte.  
Que ningun pecho engendró  
encono que el suyo iguale,  
mas de Baeza no sale  
si no se lo ruego yo.  
Fuerza es hoy disimular,  
tiene que partir, si á fé;  
¿pero cómo le veré?  
dónde le encuentro? ¡Ah Guiomar!

## ESCENA VII.

ESTRELLA, GUIOMAR.

GUIOM. (Por el Alcázar.) Estais en vos, Doña Estrella

- EST. sola y entrada la noche?  
Salgo á aspirar el ambiente;  
el blando viento que corre  
me trae en sus leves alas  
el aroma de las flores.
- GUIOM. ¡Vos, doña Estrella Manrique?  
¡entrad! Cristo nos perdone!
- EST. ¡Ah Guiomar!
- GUIOM. ¡Á qué bajásteis?
- EST. Debajo de mis balcones  
á cantar trovas há poco  
un pobre juglar paróse  
y yo he bajado á pagarle  
sus amorosas canciones.
- GUIOM. ¿Amorosas?
- EST. Y muy tristes.
- GUIOM. Válate Dios por amores,  
y con qué presteza prenden  
entusiastas corazones.
- EST. ¡Ay Guiomar del alma mia!  
por estos alrededores  
debe estar.
- GUIOM. ¿El juglar?
- EST. No,  
mi amante.
- GUIOM. Quién nos socorre?  
Estrella, estás en tu juicio?  
¡tu amante!
- EST. Mi pecho absorbe  
un raudal de un amor puro  
lleno de inefables goces.  
De los años juveniles  
pasaron las ilusiones  
entre sangrientas venganzas,  
entre enconados rencores,  
¡ay Guiomar! sin que prendiera  
amor en mi pecho indócil.  
Mas en vano se resiste  
la tierra al germen informe  
de la flor que al fin el germen  
sus duras entrañas rompe.
- GUIOM. ¡Jesús, María y José!

¿no ves á lo que te expones?  
pues si lo sabe don Pedro  
ya me pagó el alboroque.  
Yo no quiero oírte, Estrella.

EST. Guiomar, tú bien me conoces,  
por este amor...

GUIOM. ¿Mancharías  
de tu padre los blasones?

EST. Eso no, mi vida es la honra;  
y aunque el alma me destroce,  
entre mi amor y mi honor,  
muera amor, que no es tan noble!

GUIOM. ¡Entónces!...

EST. Toma esta llave. (Dándosela.)

GUIOM. ¡La de la poterna!

EST. ¡Oye!

Junto á la iglesia mayor  
le hallarás.

GUIOM. ¡Pero...

EST. Le esconde  
de paño burdo una capa.

GUIOM. ¿Pero quién es?

EST. ¡No te importe!

(Ap.) (Si sabe quién es se niega.)

GUIOM. Y no me dices su nombre?

EST. Te ha de asombrar.

GUIOM. Hija mia,  
los años me han hecho torpe;  
y si tropiezo con otro?

EST. Nadie á estas horas recorre  
la ciudad; estará solo.

GUIOM. Mas...

EST. Que venga á media noche.

GUIOM. No es posible

EST. La poterna  
abres.

GUIOM. ¡Nunca!

EST. (Con energía.) Pues entónces  
á buscarle iré yo misma.

GUIOM. ¡Ay Santo Cristo!

EST. (Con dolor.) Ó disponme  
tumba y mortaja!

GUIOM. ¡La llave!  
EST. Dios te premie.  
GUIOM. ¡Aquí!  
EST. ¡Á las doce!  
(Váse Guiomar por la izquierda.)

## ESCENA VIII.

ESTRELLA, D. PEDRO, D. ALONSO.

EST. (Ap.) (Mi padre y mi hermano!)  
PEDRO. ¡Estrella!  
¿dónde va Guiomar?  
EST. ¡No sé!  
PEDRO. ¿Cómo estás aquí?  
EST. Bajé  
como es la noche tan bella  
y está de aroma impregnada,  
á respirar un momento  
el suave y sutil aliento  
de la brisa embalsamada.  
ALONSO. (Á D. Pedro.) ¡Y eso dices!  
PEDRO. Con certeza:  
en su acero confiando  
y el peligro despreciando,  
don Rodrigo está en Baeza.  
ALONSO. ¡Por Cristo! Venganza clama  
su atrevimiento!  
EST. (¡Es perdido!)  
PEDRO. Dicen que le han detenido  
los suspiros de una dama.  
ALONSO. Pues si esos locos amores  
dan tal audacia al doncel,  
padre, para dar con él  
no faltarán rondadores.  
El rey su fallo dictó  
y que se cumpla es justicia.  
PEDRO. Si la ocasion es propicia  
no he de estorbártela yo.  
(Dirigiéndose al alcázar.)  
Vamos.  
ROD. (Apareciendo entre los árboles, aparte á Estrella.)



¡Estrella!

- EST. Ay de mí!
- PEDRO. ¡Qué tienes? estás temblando.
- EST. Es que os estaba escuchando,  
señor, y por vos temí.
- PEDRO. (En la puerta principal del alcázar.)  
Hola, pajes, alumbrad,  
ya la plaza está desierta,  
echad la barra á la puerta.
- EST. No está mi dueña.
- PEDRO. Es verdad.  
¿Qué la puede acontecer  
que del alcázar se aleja?
- EST. No sé.
- PEDRO. Caprichos de vieja.  
Ríñela tú.
- EST. Lo he de hacer.  
(Vánse entrando en el alcázar, primero D. Pedro,  
después D. Alonso y finalmente Estrella.)

## ESCENA IX.

D. RODRIGO.

He de hablarla, sí á fe mia;  
pues el lance está empeñado,  
velando estaré á su lado  
hasta que amanezca el día.  
(Aparece Estrella misteriosamente á la puerta del  
alcázar.)

## ESCENA X.

ESTRELLA, D. RODRIGO.

- EST. ¡Rodrigo!
- ROD. ¡Estrella, tú aquí!
- EST. ¡Oh!
- EST. Silencio.
- ROD. ¡Qué te altera!
- EST. ¡Aún sube por la escalera  
mi padre! Véte.

- ROD. ¡No!  
EST. ¡Sí!  
Mira que tienen poder,  
mira que van á matarte!  
ROD. Esta noche quiero hablarte.  
EST. ¡Qué dices!  
ROD. ¡Esto ha de ser!  
Suceda lo que suceda  
no hagas mi esperanza vana,  
pon la luz en la ventana  
y echa una escala de seda. (Estrella vacila.)  
¡Oh, sí, la traicion espía!  
EST. Guiomar estará conmigo,  
ven.  
PEDRO. (Dentro.) ¡Estrella!  
EST. Adios, Rodrigo!  
ROD. Adios. La victoria es mia. (Váse.)

## ESCENA XI.

D. DIEGO, FERNAN, despues GUIOMAR, luego D. RODRIGO

- DIEGO. Fernan, la suerte está echada;  
si en el riesgo á que me lanzo  
su mano y su amor alcanzo,  
es completa la jornada.  
Mi capa burda escondida  
lleva esta empresa de amor,  
ó vengo á ganar mi honor  
ó vengo á perder la vida.  
FERNAN. (Sacando una escala.)  
La escala.  
DIEGO. Y este bolsillo  
que guarda todo un tesoro.  
FERNAN. ¿Qué no rinden valor y oro?  
DIEGO. Fernan, busca á un pajecillo  
de la casa, algun criado.  
FERNAN. ¡No hay nadie!  
GUIOM. (saliendo) ¡No le encontré!  
mejor... así no tendré  
que confesar el pecado.  
DIEGO. ¡Viene gente! Pésia mí!

- GUIOM. Á Estrella voy á buscar.  
DIEGO. ¡Por el cielo, si es Guiomar!  
FERNAN. ¡Buena dueña!  
GUIOM. ¡Llaman?  
DIEGO. Sí.  
GUIOM. ¡Un hombre! ¡Ay Dios, yo me aturdo!  
quién sois?  
DIEGO. ¡Calla, voto á san!  
GUIOM. (Viendo á D. Diego.)  
¡Santos del cielo! un galan  
con capa de paño burdo!  
¿Si será?... tengo un temblor...  
DIEGO. Tú eres Guiomar.  
GUIOM. No lo niego!  
y vos el señor don Diego.  
(Ap.) ¡Y á este hombre le tiene amor?  
DIEGO. (Á Guiomar.) El mismo, escucha.  
GUIOM. Ya escucho.  
(Ap.) (¿Hay más grande desatino?  
¡Un hombre tan libertino!  
á estos se los quiere mucho!)  
DIEGO. Guiomar, tú no puedes ser  
insensible á la piedad.  
GUIOM. Es cierto; pero en verdad  
no la debiera tener.  
DIEGO. (Con regocijo.) Mas la tienes?  
GUIOM. (Confusa.) ¡Ah señor!  
DIEGO. ¡Toma! (Dándola el bolsillo.)  
GUIOM. ¡Oro!  
DIEGO. El caso es grave.  
GUIOM. (Rechazando el bolsillo.)  
¡Eso no! Tomad la llave  
que yo soy mujer de honor.  
DIEGO. (Con alegría.) ¡La llave!  
FERNAN. Empresa ganada.  
GUIOM. Yo os ayudo por piedad.  
Señor, el oro guardad,  
ya os dije que soy honrada.  
DIEGO. ¡Mucho!  
GUIOM. ¡Lo dudais?  
DIEGO. No.  
FERNAN. Pase.

GUIOM. No lo dude Benavides.

FERNAN. (Ap. á D. Diego.) (Á esta dueña la despides.)

DIEGO. (Ap. á Fernan.)

(¡En el punto en que me case!)

FERNAN. ¡Viene gente!

GUIOM. Á la poterna!

Yo iré delante, señor,  
oscuro está el corredor,  
pero...

FERNAN. (Sacando de debajo de la capa una linterna sorda.)  
Toma mi linterna.

(Vése brillar una luz en el balcon de Estrella; aparece D. Rodrigo; cae la escala.)

ROD. ¡La luz!

DIEGO. (Ap.) (¡Qué pasa por mí!)

GUIOM. ¡Pronto, que nos van á ver!

DIEGO. Mañana al amanecer,  
Fernan, espérame aquí.

FERNAN. Esperaré. (Váse.)

GUIOM. Vamos ya,  
la diligencia es forzosa.

DIEGO. (Entrando en la poterna con Guiomar.)  
¡Estrella será mi esposa!

ROD. (Subiendo por la escala.)  
¡Mi esposa Estrella será!

## CUADRO SEGUNDO.

Salon.—Balcon al fondo.—Puertas á derecha é izquierda en primero y segundo término,

### ESCENA XII.

ESTRELLA, D. RODRIGO.

Sale Estrella por la puerta de la izquierda y se dirige al balcon del fondo.

EST. ¡Él es! Rodrigo! Rodrigo!

¡tiemblo! Ya sube! ya llega!  
¡padre mio, perdonadme!  
(Aparece D. Rodrigo por el balcón.)  
¡Ah Rodrigo!

- ROD. Estrella! Estrella!  
EST. ¡Qué desvarío!  
ROD. Te traigo,  
amor mio, infaustas nuevas.  
EST. ¡Qué!  
ROD. Don Diego Benavides  
hacerte su esposa anhela,  
y usará para lograrlo  
la astucia, el oro ó la fuerza  
él mismo me lo ha advertido,  
preciso es que te resuelvas;  
al otro lado del muro  
mis parciales nos esperan,  
¡vente conmigo!
- EST. Deliras!  
qué juzgas de mí? qué piensas?  
ni me intimida la astucia  
ni hay quien por oro se venda  
en mi casa, ni se rinde  
mi espíritu á la violencia.
- ROD. Mañana mismo entraremos  
ya casados en Baeza.
- EST. El soñarlo es un delirio,  
imaginarlo demencia.
- ROD. Señal sería el no hacerlo  
de cobardía y flaqueza.
- EST. Mi padre...
- ROD. Estrella, á tu padre  
odio insensato le ciega;  
forzoso será que un dia  
nuestro cariño le venza.
- EST. ¡Ah! no lo esperes; yo temo  
de mi padre la soberbia,  
temo tu fiera arrogancia,  
temo mi suerte funesta!
- ROD. No.
- EST. Parte al punto, Rodrigo,  
parte; que no comprometa

- nuestra risueña esperanza  
una fatal imprudencia.  
Me estremezco de pensarlo,  
aquí la muerte te espera!
- ROD. No he de marcharme, lo juro,  
hasta saber lo que intentas.
- EST. Salvarte sólo.
- ROD. ¿Y don Diego?
- EST. ¡Rodrigo, de mí sospechas!
- ROD. No, mas la mente ardorosa  
negros fantasmas se crea,  
viles perfidias presume,  
torpes traiciones recela.
- EST. ¡Yo traidora! ¡yo mudable!  
¡yo miserable! ¡yo pérfida!  
¡Mentir yo! Pues y mi honra?  
¿piensas que vivo sin ella?  
ántes que ser deshonrada  
quiero mil veces ser muerta.
- ROD. Perdóname.
- EST. ¡Me ofendiste!
- ROD. Qué rumor?...
- (Óyese rumor confuso que se va acentuando.)
- EST. ¡Dios nos proteja!
- ROD. (Asómase á la ventana y se retira rápidamente.)  
De caballeros armados  
toda la plaza está llena,  
confusas voces se escuchan,  
brillan espadas y teas,  
¡ah! ¡si habrán visto la escala?
- EST. Huye, Rodrigo. Esta puerta!...
- (Primera derecha.)
- ROD. Está cerrada: no importa,  
los espero aquí, que vengan. (Desenvainando.)
- EST. ¡Sígueme! yo he de salvarte  
suceda lo que suceda.
- (Váse por la segunda puerta izquierda; ábrese la primera de la derecha y aparecen D. Diego y Guio-  
mar.)

### ESCENA XIII.

D. DIEGO, GUIOMAR.

- GUIOM. Entrad, no tengais recelo,  
que há tiempo estará dormido  
el viejo. (Oyendo el rumor que aumenta.)  
¡Jesús qué ruido!
- DIEGO. (Saliendo.) ¡Qué es eso?
- GUIOM. (Asomándose al balcon.) ¡Válame el cielo!  
huid, don Diego.
- DIEGO. ¡Marchar?
- GUIOM. jamás!
- GUIOM. ¡Vuestra muerte es cierta;  
teneis la poterna abierta!
- DIEGO. Aquí los quiero esperar.
- GUIOM. ¡Esperar! Ave María,  
y vienen! Cielos, qué haré!  
yo estoy muerta!

### ESCENA XIV.

LOS MISMOS, ESTRELLA.

- EST. (Volviendo.) ¡Le salvé!  
(D. Diego se oculta de modo que no le vea Estrella.)
- GUIOM. ¡Huye! huye, Estrella mia!
- EST. ¿Y por qué?
- GUIOM. ¡Le han descubierto!
- EST. Á quién?
- GUIOM. Á tu amante.
- EST. ¡No!  
mi cariño le libró.
- PEDRO. (Fuera.) ¡Alonso!
- GUIOM. Mira si es cierto.
- EST. ¡Qué importa si en salvo está?
- GUIOM. ¡En salvo! ¿qué error te ciega?  
¡Ven, ven, que tu hermano llega!  
(Éntranse en el primer término derecha.)
- DIEGO. (Desenvaina y se coloca delante de la puerta por

donde ha entrado Estrella.)

¡Veremos quién pasa!

(Aparecen en confuso tropel por el fondo derecha D. Alonso, los Caballeros partidarios de los Manrique y criados con armas y antorchas.)

## ESCENA XV.

D. DIEGO defendiendo la puerta, D. ALONSO, seguido de los CABALLEROS y CRIADOS, y finalmente, D. PEDRO.

ALONSO.

¡Ah!

¡Diego! te daré mil muertes!

DIEGO.

No estén las manos ociosas.

(Luchan. D. Diego le desarma y arroja lejos de sí la espada de D. Alonso.)

ALONSO.

¡Infierno!

DIEGO.

Manos callosas,  
no siempre son las más fuertes.

PEDRO.

(Saliendo.) ¡En dónde está, dónde está esa hija fementida?

DIEGO.

Mi espada guarda su vida.

PEDRO.

¡Contra su padre!

DIEGO.

(Rindiendo la espada é inclinándose ante D. Pedro.)

No.

ALONSO.

¡Ah!

Yo me vengaré, malvado.

DIEGO.

(Con desprecio.) Pues recoged ese acero, que mal podreis, caballero, estando así desarmado.

ALONSO.

¡Me insultas!

DIEGO.

Eso colijo;  
si tal afrenta consiente  
tu valor...

PEDRO.

Hijo, detente,  
ni tú ni yo.

ALONSO.

¡Padre!

PEDRO.

¡Hijo!  
no es sólo culpable ese hombre.

ALONSO.

¡Teneis razon!

DIEGO.

¡Por mi vida!



- perdió Aldonza la partida  
PEDRO. Si él mancilló nuestro nombre  
ella tambien.  
ALONSO. ¡Tambien ella!  
PEDRO. (Á Alonso y Diego.)  
Retiraos á ese aposento (Segundo izquierda.)  
dejadme solo.  
DIEGO. ¡Qué intento  
abrigais?  
PEDRO. Lo ordeno.  
(Éntranse D. Diego, D. Alonso, Caballeros y Criados por la segunda puerta izquierda. D. Pedro se asoma á la primera.)  
¡Estrella!

## ESCENA XVI.

D. PEDRO, ESTRELLA.

Estrella sale y se arroja á los piés de D. Pedro.

- PEDRO. Alzad.  
EST. La muerte cruel;  
padre, no me infunde miedo,  
sabedlo señor, no puedo,  
no puedo vivir sin él.  
PEDRO. Luego es verdad, es verdad,  
con tus perfidias livianas  
has deshonorado mis canas  
y mi noble ancianidad!  
EST. No, padre no, yo os lo juro;  
afrenta no hay en mi amor,  
es mi cariño, señor,  
santo como el cielo, y puro.  
¿Por qué esa altiva nobleza  
cree que este amor la profana?  
¿por qué reniega tirana  
la ley de naturaleza?  
¡Ah, señor! Dios en los dos  
este vivo fuego enciende,  
decidla, padre, que enmiende  
las santas leyes de Dios.

- PEDRO. ¡Hija! (Asombrado.)  
EST. Tranquila os espero.  
PEDRO. ¡Pero tu delirio es tanto!  
EST. No veis que me ahoga el llanto?  
PEDRO. ¡Estrella!  
EST. ¡Que si le quiero!  
PEDRO. (Conmovido.)  
¡Estrella! ¡Estrella! el perdon  
es una ventura inmensa,  
¡oh! sí, sí! donde hay ofensa  
puede haber reparacion.  
No sé que secreto arcano  
templa mi irritado encono,  
no sé por qué te perdono  
y el hierro cae de mi mano!  
EST. (Arrojándose en sus brazos.)  
¡Padre mio!  
PEDRO. ¡Ay, hija mia,  
qué desdichada te veo!  
EST. ¿Desdichada?  
PEDRO. Mi deseo  
su esposa no te quería,  
cedo al fin á la ley dura  
que impone amor; has triunfado,  
mas si el honor has salvado  
has perdido la ventura.  
EST. No puede ser eso, ¡no!  
Padre, apartad esa idea!  
PEDRO. ¡Plegue al cielo que no sea!  
pero temo...  
EST. Padre! oh!  
Yo á su cariño me entrego,  
y me fio en mi fortuna;  
mi amante es de ilustre cuna.  
PEDRO. De ilustre cuna es don Diego!  
EST. ¿Qué dice?  
PEDRO. Quiera el Señor,  
pues que va á ser tu marido,  
que del camino torcido  
sepa apartarle tu amor.  
EST. ¡Don Diego!  
PEDRO. Sí.

EST. ¡Sois cruel!  
¿por qué me habláis de ese hombre?  
¿por qué decis ese nombre?  
¿qué tengo que ver con él!

PEDRO. ¿Qué estás diciendo, hija mía?

EST. Si á don Diego no amo yo.

PEDRO. Aquí estaba.

EST. ¡¡Padre, no!!

PEDRO. ¡Estrella!

EST. ¡Virgen María,  
ten piedad de mis congojas!  
¡no es él!

PEDRO. ¡Tu muerte decides!!  
¡no es don Diego Benavides!

EST. ¡No, don Rodrigo de Rojas!

PEDRO. ¡Un Rojas! ¡un Rojas!

EST. Sí.  
¡Yo estoy loca!

PEDRO. ¡Yo estoy ciego!  
¡maldi...

EST. (Conteniéndole.) ¡Ah, no, padre!

PEDRO. (Furioso.) ¡Diego!  
¡Alonso! todos aquí!  
Tu sino se cumplirá,  
que es por demas espantoso.  
(Salen D. Diego, D. Alonso y Caballeros.)

## ESCENA XVII.

LOS MISMOS, D. DIEGO, D. ALONSO y CABALLEROS.

DIEGO. ¡Señor!

ALONSO. ¡Padre!

PEDRO. (Arrastrando á Estrella y lanzándosela á D. Diego  
¡Este es tu esposo!

DIEGO. ¡Cielos!

ALONSO. ¡Su esposo!

PEDRO. ¡Sí!

EST. (Cayendo desmayada.) ¡Ah!

PEDRO. (Á D. Alonso con energía.)

Y ahora la mano á las hojas  
seguidos de nuestras lanzas,  
que ahora empiezan las venganzas  
de Manriques y de Rojas.

**FIN DEL ACTO PRIMERO.**

---

## ACTO SEGUNDO.

---

Sala de armas con panoplias, armaduras, etc., y un pilar bajo con el pendon de Castilla: por una gran puerta á la derecha, en segundo término, se distingue un magnífico salon con mesa dispuesta para un festin.—Puerta en primer término.—Dos puertas á la izquierda: la del segundo término de hierro, que conduce á un subterráneo.—Gran vestibulo al fondo, que comunica por izquierda y derecha, cerrado por una balaustrada; en medio gran escalera practicable; por ella se baja á los jardines, que son frondosos, y de los que sólo se distinguen las copas de los árboles.—Cierra el fondo una almena baja, detrás telon de horizonte.

### ESCENA PRIMERA.

D. DIEGO, sentado en un sitial junto á una mesa, triste y pensativo; FERNAN de pie á su lado.

FERNAN. Levanta, señor, la frente,  
que ceder al desaliento  
no es de altivos corazones  
ni de varoniles pechos.

DIEGO. Para combatir al moro  
sin tregua, me sobra esfuerso;  
para ver la desventura

de Estrella fuerzas no tengo.

FERNAN. Ya es tu esposa.

DIEGO. ¡Ya es mi esposa!

mira qué dichoso empleo!  
ni soy dueño de su alma,  
ni de su hermosura dueño.  
Entre ella y yo se interpone  
todo un mundo de recuerdos  
y una tumba de esperanzas  
y malogrados deseos.  
Causa mi pasión enojo,  
mi cariño inspira tedio,  
mi ardor desdenes y hastío,  
mi amor aborrecimiento.  
¡Loco fui!

FERNAN. Mira, señor,  
que caer en tal extremo  
es indigno. ¡El rey te honra!

DIEGO. Ese es mi mayor tormento:  
el rey con asombro mira  
de Mohamed los progresos  
y sabe que la discordia  
es el tizon de sus reinos.  
Para combatir al árabe  
el mando quita á don Pedro  
Manrique, y á mí me nombra  
Adelantado y Frontero.  
Sus cartas he recibido,  
cumplirlas hé como bueno.  
El favor de don Enrique  
sólo tú y yo le sabemos;  
hasta que cumpla sus órdenes  
guarda, Fernan, el secreto.

FERNAN. Descuida.

DIEGO. Dispone el rey,  
bajo pena de severos  
castigos, que den los nobles  
tregua á sus rencores ciegos,  
que convoque á mi castillo  
á Mendozas y Pachecos,  
á Carvajales y Rojas  
y Manriques; y que demos

de abnegacion y heroismo  
clara muestra y alto ejemplo  
Por eso el festin preparo,  
á Castilla nos debemos,  
que quien su clamor desoye  
no es noble ni caballero.  
Plegue á Dios que en el festin  
se acuerden de lo que fueron,  
y ante el dolor de Castilla  
se olviden resentimientos.  
¿Viste á don Pedro Manrique?

FERNAN. Le ví.

DIEGO. ¡Qué dijo don Pedro?

FERNAN. Puesto que los Rojas van  
nosotros tambien iremos.

DIEGO. No faltará don Rodrigo  
si cree que en Baeza hay riesgo,  
que cuando un rival le llama  
será grande el fundamento.

FERNAN. Si vendrá.

DIEGO. ¡Y aquí está Estrella!

FERNAN. Señor, ¿qué tienes?

DIEGO. ¡Qué tengo!

FERNAN. ¡Algo recelas!

DIEGO. ¡Se aman!  
yo la idolatro, y al fuego  
de la pasion es muy fácil  
que se propague el incendio.  
Mas no importa. Irá mi esposa  
al festin, que yo no quiero  
que tras esta fiera lucha  
de encontrados sentimientos  
piensen que intento ocultarla  
por necio temor don Pedro,  
por desconfianza Estrella,  
y don Rodrigo por celos.

FERNAN. Ya deben llegar muy pronto.

DIEGO. Probaré el último intento,  
vete y avísame.

FERNAN. Vóime,  
señor.

DIEGO. ¡Aquí Estrella, cielos!

## ESCENA II.

D. DIEGO, ESTRELLA.

DIEGO. Señora, seis dias van  
que vagan por vuestros ojos  
nubes preñadas de enojos  
sombras de inquietud y afan.  
Hondos suspiros están  
por vos flotando en los giros  
del viento, y quiero deciros  
que aún es mayor mi tormento,  
pues no puedo dar al viento  
mis dolorosos suspiros.  
La flor, la divina flor  
de mi esperanza está mustia,  
y en medio de tanta angustia  
enmudece mi dolor.  
¡Ay! yo siento el torcedor  
del desden y de los celos,  
y á solas con mis desvelos  
mis fieras ansias devoro  
por no aumentar vuestro lloro  
ni acrecentar vuestros duelos  
¡Sois mia ante Dios! ¡Sois mia!  
y aunque el amor me provoca  
aún no libé de esa boca  
la celestial ambrosía.  
Yo que por ella daría  
hasta mi vida futura,  
al ver vuestra desventura  
todos mis derechos ceden;  
ved, señora, lo que pueden  
la pureza y la hermosura.  
EST. ¡Traidor!

DIEGO.

EST. Mi pasion fatal  
ciego me dejó en mal hora;  
bien sé que vos sois, señora,  
la mártir, yo el criminal!  
¡Pero ay! á mi error mortal  
le disculpa su grandeza,



mi amor, vuestra gentileza,  
vuestra virtud, vuestro duelo,  
Dios volvió á crear el cielo  
al formar vuestra belleza.

EST. ¡Hablais de cielo y de Dios!  
¿no veis que es un nuevo insulto?  
guardad ese amor oculto  
que me aleja más de vos.  
Una valla entre los dos  
separará nuestra suerte,  
tan poderosa, tan fuerte,  
que para siempre divide  
vuestra vida de mi vida,  
vuestra muerte de mi muerte.  
Y no pretendais que explique  
la razon de tal empeño,  
sólo por fuerza sois dueño  
de doña Estrella Manrique.  
Por más que á mis piés suplique  
vuestro obstinado dolor,  
de mí no espereis amor;  
disculpa, ménos aún;  
tan sólo un lazo hay comun  
para entrambos, el honor.  
Nunca apartaré mi huella  
de honra que siempre fué mia,  
no vuestra; á su boda impía  
ya la llevó doña Estrella.  
No he de separarme de ella  
por venganza ó por pasion,  
y en premio á la vil accion  
de vuestro arrebató ciego,  
honra pedidme, don Diego,  
no me pidais corazon.

DIEGO. ¡Qué implacable pensamiento,  
tanta es la desdicha mia  
que con tu razon impía  
acrecientas mi tormento!  
¡Siempre el aborrecimiento,  
no puede ser, no es posible,  
no es tu desden invencible!

EST. (Señalando á la habitacion donde está preparada

- la mesa.)  
¡Festin prepara mi esposo!  
DIEGO. ¡Advierte...  
EST. ¡Festin odioso!  
DIEGO. ¡Señora...  
EST. ¡Festin horrible!  
DIEGO. ¿Qué dices? Piensas quizás  
que soy tan menguado y ruin  
que celebro en un festin  
tus desventuras? Jamás!  
injusta conmigo estás.  
De este festin que te humilla  
brotará para Castilla  
la eterna paz anhelada,  
ó en él quedará sellada  
de sus hijos la mancilla.  
EST. ¿Qué decís?  
DIEGO. Dentro de poco,  
dando treguas á su anhelo,  
Rojas y Manriques...  
EST. ¡Cielo!  
DIEGO. Aquí vendrán.  
EST. ¡Estais loco!  
DIEGO. Del rey el poder invoco.  
EST. ¡Manriques! Rojas! y vos  
juntos aquí!  
DIEGO. Sí por Dios!  
juntos aunque no les cuadre.  
EST. (Cayendo en un sitial desfallecida.)  
¡La maldicion de mi padre!  
DIEGO. ¡Estrella!  
EST. ¡Los dos! los dos!  
(Levantándose y aplicando el oído.)  
¡Llegan! ¡oh! no hay duda ya!  
mi corazon no se engaña;  
Rodrigo lleno de saña  
y rencor aquí vendrá.  
¡Mi hermano! ¡mi padre! ¡ah!  
aún oigo su maldicion.  
DIEGO. ¡Oh! volved á la razon.  
Señora, oid, atended.  
FERNAN. (Anunciando.) Don Pedro Manrique.

EST.

¡Ved

si es leal mi corazón!

(Pausa. Aparecen en el fondo derecha D. Pedro y su comitiva. Estrella se sostiene inmóvil como una estatua, y de pie delante del sillón. D. Diego se adelanta.)

### ESCENA III.

LOS MISMOS, D. PEDRO, CABALLEROS del bando de los Manrique.

DIEGO. (Con voz grave y respetuosa.)  
Señor don Pedro, orgulloso  
estoy de veros llegar,  
que la nobleza honra siempre  
por donde quiera que va.  
En hora feliz, señores,  
pongais el pie en el solar,  
que nunca dió paso franco  
á traidor ni desleal.

PEDRO. Como quien somos cumplimos.

DIEGO. ¿Y don Alonso?

PEDRO. Vendrá.

Don Alonso nunca falta  
á citas de honra.

DIEGO. Es verdad.

PEDRO. (Reparando en Estrella.)  
¡Una mujer! Yo, don Diego,  
he venido aquí á tratar  
con hombres, no con mujeres,  
¿me entendisteis?

DIEGO. Perdonad.

PEDRO. Ya lo estais. El cielo os guarde.

EST. ¡Oh Padre!

PEDRO. ¡No lo soy ya!

DIEGO. Quedaos aquí!

PEDRO. ¡No, don Diego!

DIEGO. Aquí, señor, os quedad.

ESCENA IV.

LOS MISMOS, D. ALONSO.

ALONSO. (Á D. Pedro.) Señor, el triunfo es seguro;  
dadme os estreche la diestra.

(Apretándole la mano.)

PEDRO. ¿Qué ocurre, Alonso?

ALONSO. Los Rojas  
á este castillo se acercan.

¡Nuestros al fin, padre mio!

PEDRO. ¡Entonces me quedo!

ALONSO. (Viendo á Estrella, con ira.) ¡¡Estrella!!

DIEGO. Perdonad, noble mancebo;  
tal el odio os desconcierta  
que habeis sin duda olvidado  
lo que el deber os ordena.

ALONSO. ¡Ved lo que decis, don Diego!

DIEGO. Ved vos que mi casa es ésta;  
ved mejor que ésta es mi esposa  
y ademas hermana vuestra;  
y si arrebatado y ciego  
al rencor soltais la rienda  
ante una mujer ilustre  
que aduna tan altas prendas,  
¿qué hareis, don Alonso, al veros  
de un Rojas en la presencia?

ALONSO. Un Rojas siempre me ofende,  
y al que ofende mi nobleza  
le mato donde le encuentro  
sin que el lugar me detenga,  
en la ciudad, en el campo,  
en vuestra casa, en la iglesia.

EST. (Ap.) (Gran Dios!)

DIEGO. Aquí vienen todos  
fiados en mi promesa  
de que los odios sangrientos  
tienen en mi casa tregua.  
Yo tambien le odio, Manrique;  
pero sabré daros pruebas,  
pronto quizás, que mi alma

sabe despreciar ofensas  
y dominar el despecho  
cuando el deber se lo ordena.

ALONSO. Yo no he prometido nada.

PEDRO. Alonso, callar es fuerza;  
tiempo y ocasion nos sobran  
para vengar nuestra afrenta.

DIEGO. La vuestra no, la de España,  
que hace seis siglos que lleva  
sobre sus hombros el peso  
de un oprobio y no le venga.

PEDRO. ¿Qué decís?

DIEGO. El africano,  
dejando la fértil vega  
que baña el Genil, a vanza  
con sus huestes turbulentas.  
Seis siglos hace, seis siglos  
que los hijos del Profeta  
por los campos españoles  
el verde estandarte ondean.  
¿Seis siglos el castellano  
llena de asombro á la tierra  
con su valor, su arrogancia  
y sus heróicas proezas.  
¿Por qué marchitais vosotros  
con esos odios que infestan  
nuestras familias, los lauros  
generosos de la guerra?  
Verted la sangre ardorosa  
en las marciales contiendas,  
mas luchando contra el moro,  
que está codicioso de ella.  
Cuando el infiel amenaza  
las murallas de Baeza,  
teneis las espadas nobles,  
teneis las robustas diestras,  
para los cristianos prontas,  
para los árabes quietas!  
¿Cómo no os inflama el rostro  
el carmin de la vergüenza?  
Sepultad dentro del pecho  
esas discordias funestas,

dad para siempre al olvido  
esas venganzas sangrientas,  
y que Manriques y Rojas,  
llevando la cruz por lema,  
y el nombre excelso y glorioso  
de Castilla por bandera,  
eleven sobre las torres  
que en el Darro se reflejan,  
el símbolo sacrosanto  
de la redencion eterna.  
Á tal empresa os convoco,  
decid si hay más noble empresa.

PEDRO. Yo unirme á un Rojas!  
ALONSO. No, nunca!

menguado si tal hiciera!

DIEGO. (Con dolor.) ¡Ah!

FERNAN. (Anunciando;) Don Rodrigo de Rojas.

EST. ¡Cielos!

PEDRO y ALONSO. (Echando mano á la espada.)  
¡Oh!

DIEGO. (Á D. Alonso con entereza.)

¡Quieto!

(Á D. Pedro con severidad.) ¡Prudencia!

## ESCENA V.

LOS MISMOS, D. RODRIGO, JIMEN, CABALLEROS del bando  
de los Rojas.

DIEGO. Pláceme ver en mi casa,  
que ya desde hoy es la vuestra,  
á don Rodrigo de Rojas,  
terror del moro en la guerra.  
Vuestra mano.

(Don Rodrigo la rechaza.)

¡Oh! á lo ménos,  
permitid que á la presencia  
os conduzca de mi esposa.

EST. (Ap.) ¡Dios mio!

ROD. (Ap.) ¡La ira me ciega!

DIEGO. Son deberes cortesanos  
en vos.

- ROD. ¡Oh!
- DIEGO. ¡Y en mí! y en ella.
- (Toma de la mano ceremoniosamente á D. Rodrigo y le lleva á la presencia de Estrella.)  
Os presento á don Rodrigo  
de Rojas.
- (Estrella y D. Rodrigo se saludan cada uno con una levísima inclinacion. Estrella, vacilante, se apoya en el respaldo del sitial.)
- EST. (Ap.) ¡Me faltan fuerzas!
- (D. Diego sostiene á Estrella con la mirada. Don Alonso, al lado de D. Pedro, que está al frente de sus parciales, observa. D. Rodrigo, despues de haber saludado, se acerca á Jimen.)
- ROD. (Ap. á Jimen.) ¡Jimen!
- JIMEN. Señor...
- ROD. ¡Y los moros?
- JIMEN. Escondidos en la selva  
y todos apercebidos  
para cuando hagais la seña.
- ROD. Pues bien, si oyes mi bocina  
que caigan sobre Baeza.  
Ten la llave! (Dáale disimuladamente una llave.)
- JIMEN. Y la honra?
- ROD. El odio  
que el corazon me envenena.) (Váse Jimen.)
- ALONSO. (Ap. á D. Pedro.) (Señor, el alma me dice  
que la traicion está alerta;  
ya que las traiciones luchan  
no quiero que me sorprendan.) (Vásc.)

## ESCENA VI.

ESTRELLA, D. DIEGO, D. RODRIGO, D. PEDRO, CABALLEROS  
parciales de los Rojas y de los Manrique.

- DIEGO. (Colocándose en medio y con forzada alegría.)  
Del jardín la verde alfombra  
con pie fugitivo huella  
la brisa suave y tranquila  
de la mañana risueña.  
Juglares tengo dispuestos

en bosques y en alamedas,  
que para entonar cantares  
sonoras cítaras templan.  
Yo bien sé que es don Rodrigo  
muy dado á la gaya ciencia,  
tanto que á Clemencia Isaura  
y á Arnaldo Vidal supera.  
Mientras todos se reúnen  
y da principio la fiesta,  
¿quereis que al viento pidamos  
las notas de alguna endecha?

ROD. Mientras alienten traidores  
que en las sombras se recelan,  
que de la astucia se valen  
y abusan de la flaqueza.  
Mientras haya pechos viles  
no tiene la gaya ciencia  
que demandar sus acordes  
y notas al aura inquieta.  
Trovas puedo recitaros  
tan armoniosas y bellas,  
que os han de hacer, Benavides,  
estremecer.

DIEGO. ¿Nuevas?

ROD. Nuevas

DIEGO. ¿De amor?

ROD. De amor.

DIEGO. Vuestras.

ROD. Sí.

DIEGO. Rojas, oírlas quisiera.

ROD. Sí os empeñais?...

DIEGO. Tengo empeño.

ROD. Si os empeñais... ¡norabuena!

DIEGO. Venid, señores.

EST. (Suplicante.) Señor!  
ved...

DIEGO. ¡Silencio, doña Estrella!  
(Á todos.) Venid á oír esa trova  
de amor que diz que es extrema.  
Comenzad, pues. (Á D. Rodrigo.)

ROD. Mi memoria  
no me es infiel.



- DIEGO. ¡Si lo fuera!...
- ROD. Es historia verdadera.
- DIEGO. ¿Conque no es cuento?
- ROD. Es historia.
- DIEGO. Ya esperamos.
- ROD. Advertid  
que hay en ella villanía  
y traicion.
- DIEGO. ¿De quién?
- ROD. No mia,  
ya lo vereis.
- DIEGO. Bien, decid.
- ROD. Galana y pudorosa  
como el primer capullo  
de la primera flor,  
era una dama hermosa  
encanto y noble orgullo  
del paternal amor.  
Un dia la doncella  
juraba por su nombre  
amar siempre á un doncel,  
en tanto que su huella  
tenaz seguía un hombre.  
(Mirando á D. Diego.)  
¿Sabeis quién era él?  
(D. Pedro empuña, D. Diego le detiene.)  
La noche que avanzaba  
tendía el denso velo  
cubriendo la traicion  
de un hombre que forzaba  
con ánsia y torpe anhelo  
las puertas de un salon.  
Y en tanto la doncella  
de amores delirante  
cual nunca hermosa y fiel,  
juraba ser la estrella  
de su amador constante.  
(Mirando á D. Diego.)  
¿Sabeis quién era él?
- PEDRO. (Desenvainando.) ¡Insolente! tu traicion  
no presumas que me asombre,  
voy á grabarte su nombre

- en mitad del corazon.  
EST. ¡Oh padre! ¡padre!  
ROD. (Desenvainando.) ¡Mi acero  
vengará tu tiranía!  
EST. ¡Don Rodrigo!  
ROD. ¡Estrella es mia!  
Es mia!  
(Los Caballeros de ambos partidos desenvainan las espadas, D. Diego se interpone vivamente.)  
DIEGO. (Desarrollando un pergamino.)  
¡Paso al Frontero!  
ROD. ¡Don Diego!  
DIEGO. Aquí no hay mas ley  
que la ley del soberano,  
maldito sea y villano  
quien no se humille ante el rey.  
PEDRO. ¡Vos, Benavides!  
DIEGO. (Mostrándole el pergamino.) ¡Sí, yo!  
yo, Frontero por su alteza,  
el dueño soy de Baeza.  
¡Todos fuera! Rojas no.  
(Vánse. D. Pedro al partir lanza una mirada de odio á D. Rodrigo, que le corresponde con otra.)

## ESCENA VII.

D. DIEGO, D. RODRIGO.

- ROD. ¡Solos estamos al fin!  
DIEGO. Respondedme, ¿qué castigo  
debo imponer, don Rodrigo,  
á accion tan menguada y ruin?  
ROD. Yo tengo espada.  
DIEGO. ¡Si el rey  
no sujetára la mia,  
vive Dios que ya estaría  
tinta en vuestra sangre.  
ROD. ¡Hay ley  
que domine esta ansiedad  
de venganza?  
DIEGO. Estadme atento.  
ROD. Mas...

DIEGO. Escuchad un momento.

ROD. Benavides!

DIEGO. ¡Escuchad!

(Leyendo el pergamino.)

«Á vos, Benavides, Frontero en Baeza,  
»mis cartas vos mando con plomo é blason,  
»ya finca en mancilla Castiella é Leon  
»por fechos indignos de la su nobleza.  
»Corrido há en mis regnos el moro grant pieza  
»y sin remembranza de lit nin sennal,  
»mas cuando vos riñe batalla campal  
»captivos me prende con grant gentileza.  
»Mandad á esos nobles que cesen rencores,  
»con vos ayuntadlos aquestas vegadas,  
»si non son volientes, dejad cercenadas  
»rebeldes cabezas que son de traidores.  
»Por estos mis signos así valedores,  
»Frontero en Baeza vos nombra mi ley,  
»aguardan respuesta los mis corredores,  
»prestadla complida, Frontero.—Yo el Rey.»

(Arrolla el pergamino y se lo guarda.)

Yo represento aquí al rey,  
y al convoçaros aquí  
no hay más pensamiento en mí  
que la obediencia á su ley.

ROD. Feliz ha sido el azar  
para vos y lisonjero;  
¡válate Dios por Frontero,  
qué cosas hace olvidar!

DIEGO. (Con calma.)

¡No os comprendo, don Rodrigo!

ROD. ¡Oh!

DIEGO. Si mi honor castellano  
no encadenase mi mano  
delante del enemigo;  
si el sagrado mandamiento  
del rey no me sujetára  
y arrebatarme dejára  
por mi airado pensamiento,  
nunca lo dudeis, me viérais,  
para curar mi honra herida,  
arrancaros no una vida,

cient mil vidas que tuviérais.  
¡Pero tal es mi destino!  
Ese deber importuno  
he de cumplir, y no hay uno  
que me ataje en mi camino.  
Eso hace que se decida  
en vuestro favor la suerte;  
yo deseo vuestra muerte  
y el rey quiere vuestra vida.  
Es fuerza; la lid sangrienta  
contra el moro, nos aguarda;  
la causa propia es bastarda  
ante la comun afrenta.

ROD. Mas cuentas de honor tenemos,  
y el honor es un tesoro.

DIEGO. ¡Venzamos primero al moro,  
despues las ajustaremos!

ROD. Presumís que entre los dos  
quedará alguna pendiente?

DIEGO. Sí estoy yo tan impaciente  
como vos, aún más que vos.  
¡Ah! si al fin de la jornada  
libro de Baeza el muro,  
no quedará, yo os lo juro,  
quieta en mi mano la espada.  
Rayo será sobrehumano  
contra quien mi honra atropella,  
y nadie la arranca de ella  
á no cortarme la mano. (Transicion.)  
Os teneis que decidir  
al punto y sin vacilar  
contra el árabe lidiar  
con nosotros.

(Abriendo la puerta de hierro del segundo término izquierda.)

Ó morir.

ROD. Benavides el Frontero  
por el rey Adelantado,  
¡yo en esa tumba enterrado  
y os preciais de caballero!

REGO. El rey así lo ordenó.

ROD. Bien su mandato cumplís.

DIEGO. Terminemos ya; venís  
al campo?

ROD. Mil veces no.

DIEGO. Pues bien, tu deslealtad  
es tu mayor enemigo;  
perdido estás, don Rodrigo.  
¡Ah de mi guardia!  
(Aparecen en el fondo Fernan y soldados.)  
Llegad.

Prendedle.

(Los soldados desarman á D. Rodrigo y se apode-  
ran de él.)

ROD. Y así se infama  
un noble! escucha y no olvides  
mis palabras, Benavides,  
muero, pero Estrella me ama.

(Los soldados encierran á D. Rodrigo en el sub-  
terráneo. D. Diego queda dolorosamente impre-  
sionado. Fernan cierra la puerta y entrega la lla-  
ve á D. Diego. Vánse Fernan y los soldados.)

## ESCENA VIII.

D. DIEGO.

¡Muere pues! tu frenesí  
al rey y á mi honor desdora;  
cumplí mi deber; ahora  
que Dios se apiade de tí!  
Pronto borraré tu huella  
del mundo; nadie podrá  
salvarte.

## ESCENA IX.

D. DIEGO, ESTRELLA.

EST.  
DIEGO.  
EST.  
DIEGO.  
EST.

¡Sí!

¿Quién?..

¡Yo!

¡Ah!

Yo, don Diego.

- DIEGO. ¡Vos, Estrella!  
¿Á tal osa vuestro amor?
- EST. No por mi amor, por don Diego.  
Benavides, ¿estais ciego  
para faltar al honor?
- DIEGO. ¡Ah, qué decís!
- EST. Qué es perfidia  
así tratar á un rival.
- DIEGO. ¡Estrella!
- EST. Y que dais señal  
de temor, celos ó envidia.  
Sois noble, sois castellano,  
id al combate animoso,  
matada un rival odioso  
cara á cara y mano á mano;  
pero con alevosía  
dar espacio á la traicion;  
hacer la noble mansion  
lúgubre cárcel sombría.  
Y lleno de odio mezquino,  
indigno del caballero,  
trocar el glorioso acero  
por el puñal asesino.  
¡Un castellano! ¡oh mancilla!  
no comete tal doblez,  
ni aun el que ha visto una vez  
el claro sol de Castilla.
- DIEGO. ¡Estrella!
- EST. Jurad por Dios  
que á Rodrigo habeis vencido.  
La libertad le he ofrecido.
- DIEGO. La libertad le he ofrecido.
- EST. ¡Él nada quiere de vos!
- DIEGO. ¿Qué me pedis? ¿qué he de hacer?
- EST. Señor, que os pido? hidalguía,  
con sombra de felonía  
mi esposo no podeis ser.  
Él es dueño de mi amor,  
pero en estas rudas lides  
del alma, vos, Benavides,  
sois custodio de mi honor.  
No por mi pasion fatal  
temais baldon ó mancilla

en vos; pura mi honra brilla  
como la luz y el cristal.  
Y pues por órden de Dios  
la honra de ambos se asegura,  
si yo la conservo pura  
no vais á mancharla vos.

DIEGO. ¿Mi fiera lucha no ves?

EST. Oh, por no veros villano  
besaré humilde esa mano  
que me mata á vuestros piés.

(Arrójase á sus piés.)

DIEGO. ¡Estrella! ¡Dios poderoso!  
vos á mis piés, ¿qué intentais?

EST. Ah don Diego, si me amais,  
sed grande, sed generoso.

DIEGO. Alza ¡qué valen sus penas!  
¿qué le importa su prision?  
preso está en tu corazon  
con dulcísimas cadenas.

¿Hay muerté que cause espanto  
si en ese recinto estrecho  
van á calmar su quebranto  
los suspiros de tu pecho  
y de tus ojos el llanto?

Venturoso don Rodrigo  
que sabe que su dolor,  
su desventura, su amor,  
todo lo parte contigo!

EST. (Conmovida.) ¡Ah don Diego!

DIEGO. (Reflexivo.) ¡Cruel fui!

no por deber, por despecho:

¿tiene Castilla derecho,  
á este sacrificio? ¡sí!

¡Lo dije! no me amedrenta,  
mi deber no me acobarda!  
la causa propia es bastarda  
ante la comun afrenta!

Y si cede el enemigo  
sólo un paso ante su acero,  
Castilla y rey son primero;  
libre quede don Rodrigo!

EST. (Más conmovida.) ¡Señor! vuestro corazon

- es grande!
- DIEGO. Pero no olvides  
que don Diego Benavides  
impone una condicion.
- EST. ¡Cuál es!
- DIEGO. La espada blandir,  
ir contra el moro á lidiar,  
y si no puede triunfar  
que combata hasta morir.
- EST. ¡Yo os lo fio!  
(Viendo que D. Diego queda sombrío y se pasa la  
mano por la frente.)  
¡Dudais!
- DIEGO. ¡Oh!
- EST. Yo le haré seguir la huella  
del honor.
- DIEGO. ¡¡Estrella, Estrella!!
- EST. (Con altivez.) Me juzgais infame?
- DIEGO. ¡No!
- La prueba es terrible, ruda;  
pero mi alma la soporta  
por vos. Libre está! qué importa!  
vuestro inmenso honor le escuda.  
(Dándola la llave.)  
Tomad y abrid el cancel;  
ved qué amor tan ejemplar,  
que pudiéndole matar  
me dejo matar por él. (Váse.)
- EST. (Sola.) ¡Y se marcha! oh qué nobleza!  
don Diego, esposo, señor!  
(Con energia.)  
Al honor paga el honor,  
la grandeza á la grandeza!

## ESCENA X.

ESTRELLA D. RODRIGO.

- EST. (Abriendo la puerta del segundo término izquierda.)  
Ya estais libre, don Rodrigo.
- ROD. (Saliendo.) ¡Quién de esta prision mortal



- me saca? (Viendo á Estrella.) ¡Ángel celestial!  
¡tú á mi lado! yo contigo!
- EST. (Conteniéndole.) Don Rodrigo, libre os veis  
cuando pensabais morir.
- ROD. ¡Estrella!
- EST. Vais á cumplir  
la obligacion que teneis.
- ROD. ¿En dónde hay prueba mayor!  
tú eres mi libertadora;  
bendita la que atesora  
tal firmeza y tanto amor.
- EST. ¡Amor!
- ROD. ¿Pues no soy tu amante?
- EST. Mi corazon es de nieve,  
ese amor fué sombra leve,  
una ráfaga, un instante!
- ROD. ¡Calla! delirando estás.  
Vas á huir conmigo.
- EST. Que huya!
- ROD. Eres mia, mia!
- EST. ¡Suya!
- ¡nunca!
- ROD. ¿Nunca?
- EST. No, jamás!
- ROD. ¡Hay más loco frenesí!
- EST. Vos me quereis deshonorada?
- ROD. Por qué de esa tumba helada  
me sacas? responde, dí;  
de comprenderte no acabo,  
¿qué te debo, fementida?
- EST. ¡La vida!
- ROD. ¡Si eres mi vida!
- EST. La libertad!
- ROD. ¡Soy tu esclavo!  
¿cómo intentas sin piedad  
así rendir mi albedrío,  
si eres tú sólo, bien mio,  
mi vida y mi libertad?
- EST. No lo soy; bien sabe Dios  
que con pasion os he amado,  
pero ¡ay! un deber sagrado  
se interpone entre los dos.

Olvidad á esta mujer  
que ese amante acento escucha,  
y que ni siquiera lucha  
entre el amor y el deber

ROD. No alberga tu corazon  
sentimiento tan impío,  
cuando por tu amor es mio  
ese deber es traicion.

EST. Ante el ara del altar  
á un hombre leal juré,  
si no amor, eterna fe,  
no la puedo quebrantar.  
Rodrigo, el que no perdona  
ni olvida no es bien nacido;  
un blason es el olvido  
y el perdon una corona!

ROD. Ese consorcio es nefando!  
Dios que las conciencias mira  
no consagra la mentira!

EST. ¡Callad, estais blasfemando!  
RON. Es la cólera, el despecho,  
tu amor que veo perdido,  
es el odio comprimido  
que no me cabe en el pecho!  
Lazos viles y traidores  
te tendieron, ¡desdichada!  
sin respetar la sagrada  
religion de tus amores.  
¡Dónde estuvo la lealtad  
del que sin mirar tu daño,  
por sorpresa y con engaño  
robó tu felicidad?  
¡Han hollado mi blason,  
han ajado mi nobleza,  
me han lanzado de Baeza,  
me roban tu corazon!  
¡Y tú pretendes que olvide,  
que tanto agravio perdone,  
que amándote te abandone!  
¡eso es lo que tu honra pide?  
pues bien, no, mi corazon  
luchará en constante lidia,

- EST. perfidia contra perfidia  
y traicion contra traicion!  
Vos perfidia y mala fe!  
y á la traicion dar abrigo!  
si tal haceis, don Rodrigo,  
yo os lo juro, os odiaré!  
La lucha tiene empeñada  
el castellano decoro,  
(Tomando una espada de la panoplia y dándosela.)  
id á lidiar contra el moro,  
tomad, Rodrigo, una espada!
- ROD. (Cogiéndola frenético.)  
¡Insensata! armas mi mano  
cuando el vértigo que siento  
es más rudo y turbulento  
que el indomable oceano! (Blandiéndola.)  
¡Ruge embravecido mar,  
que por mi diestra empuñada  
ya sólo sirve esta espada  
para morir ó matar!
- EST. (Aterrada.) ¡Cielo!
- ROD. ¡Rayo que destruya?  
su vileza y tu falsía!  
¡ó su existencia ó la mia!
- ALONSO. (Saliendo por el fondo con la espada desenvainada.)  
¡La tuya! Rojas, la tuya!

## ESCENA XI.

LOS MISMOS, D. ALONSO.

- ROD. ¡Manrique!
- EST. ¡Mi hermano!
- ALONSO. Yo!  
(Óyense rumores confusos.)
- ROD. ¿Á qué viene mi enemigo?
- ALONSO. ¡Vengo á matarte, Rodrigo!  
(Señalando una ventana.)  
¡Mira!
- ROD. ¡Mis parciales!
- EST. (Á su hermano.) ¡Oh,  
por piedad!

ALONSO. ¡Y hay quién suplique!  
ROD. ¡Que los cielos se derrumben!  
son los Rojas que sucumben...  
ALONSO. (Con encono.) Á manos de los Manrique!  
ROD. ¡Maldicion! (Con voz de trueno.)  
EST. (Suplicante.) ¡Rodrigo!  
ROD. (Abriéndose paso hasta colocarse en la puerta del fondo.)

¡Plaza!

ALONSO. Tú restas sólo!

ROD. ¡Yo sólo!  
pues bien, por tu infame dolo  
¡voy á acabar con tu raza!  
¡Vileza contra vileza!  
contadas están tus horas.  
(Aplica la boeña á los labios y toca.)  
¡Aquí de las huestes moras!  
¡Mohamed! tuya es Baeza!  
(Lánzase al jardín. D. Alonso va á seguirle, pero se detiene al oír repentinamente el toque morisco de añafles, tambores y atabales.)

## ESCENA XII.

ESTRELLA, D. ALONSO, despues D. DIEGO, luégo D. PEDRO, y últimamente FERNAN.

EST. ¡Ah infame! ¡Alonso!  
ALONSO. ¡Villano!  
qué sucede? qué rumor?  
EST. ¡Mátale, que es un traidor!  
ALONSO. Estrella!  
EST. Mátale, hermano!  
DIEGO. ¡Qué es esto! (Saliendo.)  
EST. (Á D. Diego.) ¡Empuñad la espada!  
¡coronad la fortaleza!  
ya viene sobre Baeza  
el rey moro de Granada!  
¡Aquí, cristianos, aquí!  
¡que es vano su torpe alarde!  
Veremos si ese cobarde

- osa pasar sobre mí!
- DIEGO. ¡Estrella!
- PEDRO. (Saliendo.) Hijo mio.
- ALONSO. (Llevándole á la ventana.) ¡Ved!
- PEDRO. ¡Qué horror!
- ALONSO. ¡Muertos á mis manos!
- FERNAN. (Saliendo con acompañamiento de caballeros cristianos.)  
¡El moro! al arma, cristianos!
- PEDRO. (Retirando la vista horrorizado.)  
¡Desdichado!
- DIEGO. ¡Mohamed!
- FERNAN. En rudo tropel avanza.
- ALONSO. (Á D. Pedro.) ¡Mi rencor he satisfecho!
- PEDRO. ¡Desventurado, qué has hecho!  
la deshonra!
- ALONSO. ¡La venganza!
- (Óyese más cerca el albalí de los moros.)
- DIEGO. ¡Á mi lado los leales!  
de los fieros invasores  
ya se escuchan los tambores,  
añafiles y atabales!  
(Enarbolando el pendon de Castilla.)  
¡Mirad! en mi diestra brilla  
el signo de la victoria!  
emblema de nuestra gloria  
y Lábaro de Castilla!  
Yo le alzaré con fiereza  
aun sobre el último escombros,  
que hoy va á ser del mundo asombros
- EL FRONTERO DE BAEZA.  
(Levanta el pendon, y síguenle los nobles dando  
entusiasmados un poderoso grito de guerra.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



---

## ACTO TERCERO.

---

Esplanada al frente del castillo: al fondo camino encerrado entre almenas que por un arco da entrada á la esplanada y que tuerce á la derecha. El arco está coronado por una torre mocha en donde hay un balletero desde la escena cuarta. Gran castillo, al fondo izquierda, con foso, escarpa, contra-escarpa y puente levadizo que está bajado todo el acto.—El resto de la escena está cerrado con almenas, á las que se sube por dos ó tres escalones y que se cortan del primero al segundo término derecha, formando otro camino almenado que se pierde entre bastidores. Bancos de piedra.—Telón de selva clara con intervalos de horizonte. Puede entonarse la escena poniendo detrás de las almenas, pero dejando siempre trecho al camino, montaña, cascada, torrente ó puente.—Á la derecha, detrás de las almenas, árboles.—Empieza el acto momentos ántes de amanecer.—La luna está en su ocaso.

### ESCENA PRIMERA.

NUÑO, FORTUN.

Nuño aparece sentado en un banco y dormido; Fortun limpiando una espada.

FORTUN. ¡Buena brega! Está la espada roja de la punta al puño; el Frontero cuando hiera

- tiene buen ojo y buen pulso.  
NUÑO. (Señando.) ¡Voto á Cristo! ¡Date, perro!  
ríndete.
- FORTUN. Segun barrunto  
está soñando con moros.
- NUÑO. ¡Bravo, firme, pie seguro,  
¡al rastrillo! ¡á las almenas!;
- FORTUN. ¡Ah buen alcaide! ¡ah buen Nuño!  
pase por luchar despierto,  
pero dormido, abrenuncio!
- NUÑO. (Despertándose.)  
¿Qué es esto? ¿dónde me hallo?  
¡Válate Dios trino y uno!  
¡por mi ánima! oír creía  
de esos perros el tumulto!  
¡Mal despertar!
- FORTUN. Mal dormir  
digo yo.
- NUÑO. ¿Qué?
- FORTUN. Lo presumo,  
porque te ví revolverte  
y bregar fiero y sañudo.
- NUÑO. ¡Mala peste contra todos  
y el malsin que aquí los trujo,  
si cayera entre mis garras  
arrojárale del muro.  
¡Bien escarmentados van!
- FORTUN. ¿Y si tornasen?
- NUÑO. Yo juzgo  
que si tornan á Baeza  
es Baeza su sepulcro.  
Tal Frontero la defiende!  
no he visto brazo más duro  
que el de don Diego, sus ojos  
brillaban como carbunclos,  
rayos lanzaba su acero,  
y cuando el brazo robusto  
alzaba el fiero mandoble,  
petos rompiendo y escudos,  
larga cosecha enviaba  
al infierno de difuntos.  
¡Bravo capitán!



FORTUN. ¡Bizarro!

NUÑO. Es generoso y es justo,  
caballero como pocos,  
valiente como ninguno;  
cuando en la lid acomete,  
á su frenético impulso  
en aquel brazo de roble  
la lanza parece un junco.

FORTUN. ¡Lástima que agüe el contento  
su mujer!

NUÑO. Fortun; da punto  
á tus faenas, y calla;  
azares son, y en el mundo  
á no ser por los azarés  
nadie viviría á gusto.

FORTUN. ¿Tú los has visto?

NUÑO. Yo, y todo.

Tres venablos uno á uno  
fueron su cuerpo rozando,  
mas del bosque en lo profundo  
desaparecieron y...  
callar es lo más seguro.

FORTUN. Ya va á amanecer.

NUÑO. La luna,  
al matutino crepúsculo  
no tardará en ocultarse  
por el horizonte oscuro.

FORTUN. ¡Quién sabe si el sol verá  
nuestra muerte!

NUÑO. ¡Ó nuestro triunfo!

## ESCENA II.

NUÑO, FORTUN, D. DIEGO.

DIEGO. (Á Nuño.) Alcaide Nuño Carrillo;  
veinte y cinco ballesteros  
que vigilen los senderos  
que conducen al castillo.  
Sesenta hombres de coraje  
por fuera de la esplanada,  
y que guarde una mesnada

la torre del homenaje.  
Que vaya Martin Garrido  
con la gente que proponga,  
y que los escuchas ponga  
pegado en tierra el oído.  
Salga el alférez Guillen  
con diez y siete caballos  
bien enfundados los callos  
al camino de Jaen.  
Si observa alguna algarada  
de moros, á rienda suelta  
que dé á Baeza la vuelta  
sin empeñar la jornada.  
Y si alguno se avecina  
por camino, senda ó trocha,  
que desde la torre mocha  
avisen con la bocina.

(Nuño saluda y váse. Á Fortun.)

Las mujeres á su vez  
dejando ruelas y lanas,  
lleven á las barbacas  
azufre, resina y pez.  
Y si torna el moro ciego  
á acometer á Baeza,  
caiga sobre su cabeza  
lluvia de sangre y de fuego.  
Fortun, la empresa es gloriosa,  
siendo yo el Adelantado  
no habrá pecho desmayado  
ni mano inútil ni ociosa.  
Queda á cargo de los dos  
guardar aquí mi decoro,  
yo entretanto salgo al moro  
con el amparo de Dios.

(Fortun saluda y váse. D. Diego vacilante se sienta en un banco de piedra.)

### ESCENA III.

D. DIEGO.

¡No me puedo sostener!

un fiero dolor me asalta!  
¡ay! todavía me falta  
mi corazón que vencer.  
Y aunque lucho con tesón  
no es bastante mi entereza,  
que me rinde la flaqueza  
de mi propio corazón.  
Nunca capaz, don Rodrigo,  
te creí de acción tan doble;  
¡mi Estrella! ¡mi esposa noble  
en poder de mi enemigo! (Pausa.)  
Yo salvé la honra del rey  
y la gloria de Castilla  
á costa de mi mancilla;  
¿y esto es razón? ¿y esto es ley?  
¿Mi honor queda hecho pedazos  
al par que el triunfo consigo? (Con furia.)  
¡En dónde estás, don Rodrigo,  
que no te ahogan mis brazos!  
¿Qué oculto rincón te encierra  
que en vano, en vano os busqué?  
(Creciendo el arrebato.)  
¡Pero yo te encontraré  
aunque te trague la tierra!  
Y si pura mi honra brilla  
de mi odio rompiendo el dique  
¡que me importa, don Enrique!  
¡ni que me importa, Castilla!  
(Volviendo de su arrebato.)  
¡Don Diego! Mil veces no,  
antes que todo la ley,  
antes que mi honor el rey,  
antes Castilla que yo! (Con sentimiento.)  
Por esta senda de abrojos,  
señor Dios, mis pasos guía,  
ya deshecha el alma mía  
brota en llanto por mis ojos.  
Que es tan duro mi quebranto,  
mi destino tan impío,  
que no fuera hombre, Dios mío,  
si pudiera ahogar mi llanto.  
Lenitivo al dolor sea

del deber á que me inmolo;  
pero ¡solo! ¡solo! ¡solo!  
donde ninguno me vea! (Entregándose al dolor.)  
¡Y vivo! ¡y sin ella estoy!  
¡oh desventuras impías!  
(Óyese ruido: cambiando repentinamente de tono.)  
¡Vienen! ¡ah! Lágrimas mías,  
adentro! ¡El Frontero soy!

#### ESCENA IV.

D. DIEGO, D. PEDRO, D. ALONSO.

- PEDRO. (Seguido de D. Alonso y en actitud fiera y amenazadora.)  
¡Por Cristo! ¿con tal sosiego  
en el castillo os estais?  
¿así el deber olvidais?  
hablad, responded, don Diego.
- ALONSO. Á no verlo, ¡vive Dios!  
no lo pudiera creer;  
¡os roban vuestra mujer  
y no vais por ella vos!
- PEDRO. ¿No teneis doscientas lanzas  
que esparcir sobre la tierra,  
ó es que aún el eco os aterra  
de rencores y venganzas?
- ALONSO. ¿No es vuestra mujer al fin?
- PEDRO. ¿No es mi sangre? ¡ah! no lo olvides!
- ALONSO. ¿Y vos sois un Benavides?
- PEDRO. ¡El hijo de don Martin!
- DIEGO. ¿Y por dónde echásteis cuentas  
que da el rey doscientas lanzas,  
para lograr mis venganzas  
y castigar mis afrentas?
- PEDRO. Quien no anhela defender  
siempre su honra, se denigra.
- DIEGO. ¿Quién os dice que peligra?
- ALONSO. La infame traicion de ayer.  
Don Rodrigo, en el fragor  
del combate, os la ha robado.
- DIEGO. ¡Indignos! ¡habeis pensado  
que ella faltará al honor!

ALONSO. La traicion es poderosa.

PEDRO. Sucumbirá á la violencia.

DIEGO. Sucumbirá á la insistencia  
de vuestra pasion odiosa  
Rodrigo, y sucumbirá  
de Rojas toda la raza  
al golpe que le amenaza  
por vuestros enconos; ¡ah!  
Y sucumbireis los dos  
tenaces en el pecado,  
al rayo fiero y airado  
de la cólera de Dios.  
Yo sucumbiré quizás  
á mi suerte desdichada;  
¡pero la mujer honrada!  
pero mi Estrella! jamás!

PEDRO y ALONSO. ¡Bena vides!

DIEGO. ¡Insensatos!

yo sé lo que á mi honra debo;  
vos sois viejo, vos mancebo  
para tales arrebatos.

PEDRO. Estrella le tuvo amor!

ALONSO. Rodrigo su amante fué!

DIEGO. Luégo, traidor á su fe  
y á su pátria y rey traidor.  
Mirad si Estrella podrá  
olvidarse de tal modo;  
el fuego no arde en el lodo,  
el suyo se apagará.

PEDRO. Su vida está amenazada.

DIEGO. Antes que esa, hay otra vida;  
si la de Estrella es querida,  
la de Castilla es sagrada.

ALONSO. Vanas palabras dejemos,  
y nuestra la causa hagamos,  
como quien somos cumplamos;  
nosotros nos vengaremos.

(Se disponen á salir.)

DIEGO. ¿Dónde vais?

ALONSO. Á reunir  
nuestra gente, y dar castigo  
al traidor de don Rodrigo.

- DIEGO. De aquí no podeis salir.  
PEDRO. Ya que así vuestro decoro  
dais al olvido, más vale  
que nosotros...
- DIEGO. Nadie sale  
sino á lidiar contra el moro.  
PEDRO. ¡Tal pretendéis!  
DIEGO. Es lo cierto,  
y os juro que así ha de ser,  
si os negais á obedecer  
mis mandatos; os advierto  
que el decreto de su alteza  
se cumple sin vacilar,  
y que os mando degollar  
en la plaza de Baeza.
- ALONSO. ¡Vive Cristo!  
PEDRO. Mal que os pese  
por tal rigor no me arredro.  
DIEGO. Pues si un paso dais, don Pedro,  
lo vereis. (Tumulto fuera.)  
¡Qué ruido es ese?
- ALONSO. Los nuestros, que jueces son  
de su honra!  
PEDRO. ¡Limpia y preclara!  
DIEGO. Pues ha de costaros cara  
esa indigna rebelion.
- ALONSO. ¡Ah!  
DIEGO. ¡Ballesteros! ¡á mí!  
(Sale un peloton de ballesteros armados y prepara-  
ran las ballestas.)  
Tended el arco certero  
y asaetead al primero  
que intente salir de aquí.  
(D. Pedro y D. Alonso se contienen. Sale Fernan.)

## ESCENA V.

LOS MISMOS, FERNAN.

- FERNAN. Señor, la paciencia falta  
y habeis de poner remedio.  
DIEGO. ¿Qué es eso, Fernan?

- FERNAN. Que ruge  
encolerizado el pueblo.
- DIEGO. ¿Y por qué?
- FERNAN. ¿Por qué decís?  
Los villanos, los pecheros,  
todos los que peinan barbas,  
todos los que empuñan hierro,  
anhelan ir contra el moro  
guiados por el Frontero;  
dad lugar á su entusiasmo;  
aprovechad el esfuerzo  
que todos muestran, y todos  
vamos contra el agareno  
ántes que de Rus y de Ibros  
lleguen tropas de refresco.
- DIEGO. ¿Eso desean, Fernan?  
(Á D. Pedro y D. Alonso.)  
Señores, lo estais oyendo. (Á Fernan.)  
Aunque mi deseo es ese,  
no es de todos el deseo,  
que hay quien antepone agravios  
de la ley al cumplimiento.
- FERNAN. ¡Válate Dios! qué malsines  
y felones siempre fueron  
los que por los propios gustos  
procuran daños ajenos.  
Bien me está mi villanía  
y el saco burdo y grosero  
y la sandalia de suela  
y el birrete mondo y terso,  
y no el perpunte de raso,  
y no el zapato de cuero,  
y no la engallada pluma  
si he de ser como son ellos.  
Donde se tiende la vista  
se ven los campos desiertos,  
de la vid y del olivo  
el fruto quemado y seco.  
Las cabañas destruidas,  
á saco entrados los pueblos,  
sangre vertida á torrentes,  
hierro al brazo, al cuello hierro.

¿Y por qué? Porque unos cuantos  
rencorosos y soberbios  
en pró de sus bienandanzas  
quieren destrozár el reino.  
Codician fortunas, mandos  
y preeminencias y fueros,  
y á la voluntad de pocos  
los muchos quedan sujetos.  
En tanto el moro adelanta  
y á Baeza pone cerco,  
mientras los que ser debieran  
amigos no quieren serlo.  
¡Guay, no se levante airado  
el leon, y en su esperezo  
espante á la fiera turba  
de esos lobos carniceros!  
¡Guay si en la propia defensa  
iracundo se alza el pueblo  
y empuña con fuerte mano  
horquillas, hoces y bieldos.  
Que si por suerte adivina  
que ya no hay otro remedio,  
hará que muerdan la tierra  
los viles aventureros!

DIEGO. No será mientras aliente  
el valor en nuestros pechos,  
y mientras se halle Baeza  
bajo el poder de don Diego.  
(Á D. Pedro y D. Alonso.)  
Reunid vuestras mesnadas;  
id, don Alonso, id, don Pedro,  
que si Estrella es vuestra hija  
comun el honor tenemos,  
y no ha de faltarle un punto.

PEDRO. Lo prometéis?

DIEGO. Lo prometo.

PEDRO. ¿Nos lo juráis?

DIEGO. (Extendiendo la mano.) Os lo juro.

PEDRO. Vamos pues! (Á D. Alonso.)

DIEGO. (Dando la mano á D. Pedro.)

Gracias, don Pedro.

(Vánse D. Pedro, D. Alonso y los ballesteros.)



## ESCENA VI.

D. DIEGO, FERNAN.

DIEGO. ¿Qué es de Estrella?

FERNAN. No lo sé:

Ortuño de aquí salió  
en su busca, mas tornó  
don Diego como se fué.

DIEGO. (Con amargura.) ¡Noticias no trajo Ortuño!

FERNAN. Pero mi afan no desmaya!

DIEGO. ¿Quién le vió?

FERNAN. De la atalaya  
sobre un corcel le vió Nuño  
que partía como un rayo  
buscando la selva espesa,  
llevándola en brazos, presa  
de un poderoso desmayo.

DIEGO. ¿Y se estuvo quieto?

FERNAN. No:

la ballesta al punto asiendo  
mientras él iba corriendo  
tres venablos le tiró!  
Tal no llega, tal rebasa,  
faltóle mano certera.DIEGO. Faltóle la rabia fiera  
que mi corazon abrasa.  
Si contra él la saña mia  
los lanzára, ¡por el diablo!  
flecha, bohordo ó venablo  
juro que no faltaría.

FERNAN. ¡Que no alcanzára al traidor!

DIEGO. (Con tristeza.) Su traicion fué mi esperanza!  
mas lo que el traidor no alcanza  
no lo alcanza el vil!

FERNAN. ¡Señor!

DIEGO. Si tú supieras leer  
de la pasion al imperio,  
el recóndito misterio  
del alma de la mujer,  
sabrías que el acendrado

fuego del amor, que halaga;  
al viento que arde, se apaga  
cuando el amor no es honrado.

Amor que busca el confin  
sin mancha del alto cielo,  
todo lo del bajo suelo  
lo ve miserable y ruin.  
Y derrumba los altares  
de sus santas ilusiones  
si chocan con sus pasiones  
los espíritus vulgares.

Sí, yo sé que el corazón  
de la dulce Estrella mia  
aborrece la falsía  
y detesta la traicion.

Y sé que en este momento  
da á la infamia de Rodrigo  
por merecido castigo  
desden y aborrecimiento.

FERNAN. Pues si es honrada y es fiel,  
plácemes, señor, te doy.

DIEGO. ¡Ah! bien sabes tú que soy  
tan malvado como él.

La noche al crimen propicia  
sus sombras prestó á mi anhelo;  
¡pues no ha de caer del cielo  
la vengadora justicia!

FERNAN. ¡Culpa fué de Aldonza! Ella  
exigió desde Quesada...

DIEGO. ¡Mas de esa apuesta malvada  
debió ser víctima Estrella?

(Cambiando de tono.)

Fernan, fuerza es concluir,  
y pues no tiene remedio  
mi mal, tan sólo hay un medio,  
uno solo.

FERNAN. ¡Cuál?

DIEGO. ¡Morir!

Esa, Fernan, es mi suerte.

FERNAN. Mira que eso es desvarío!

ROD. ¡Tesoro que tanto ansío  
ven á mí, pálida muerte!

## ESCENA VII.

D. DIEGO, D. PEDRO, D. ALONSO, FERNAN, CABALLEROS,  
HOMBRES DE ARMAS.

PEDRO. Aquí estamos á cumplir  
tus mandatos.

DIEGO. ¡Á luchar!

PEDRO. ¡Pocos son para triunfar!

DIEGO. ¡Bastantes para morir!

Sepa la africana grey  
que es tanta nuestra fiereza,  
que habiendo un hombre en Baeza,  
será Baeza del rey.

(Desenvainando el mandoble y mostrándole por la  
cruz.)

Por este signo sagrado  
en donde espiró el Ungido,  
y el mundo fué redimido  
de la mancha del pecado.  
La mano sobre el acero  
puestos de hinojos.

(Todos se arrodillan menos D. Diego.)

Jurad

hasta morir lealtad  
á don Enrique Tercero.

TODOS. Lo juramos!

DIEGO. Que el traidor

que á su juramento falte  
muerte de moro le asalte,  
ó muera sin confesor.

Alzad y seguid mi huella. (Todos se levantan.)  
Vamos en pos de la gloria.

TODOS. ¡Al combate!

DIEGO. Á la victoria!

(Óyese una bocina y una voz en lo interior.)

VOZ. ¡Doña Estrella! ¡Doña Estrella!

DIEGO. ¡Qué he escuchado!

PEDRO. ¡Mi hija!

DIEGO. Sí!

¡El señor oyó mi ruego!

EST. (Dentro.) ¡Don Diego!  
DIEGO. ¡Estrella!  
EST. (Dentro.) ¡Don Diego!  
DIEGO. ¡Aquí, esposa mía, aquí!

## ESCENA VIII.

LOS MISMOS, ESTRELLA.

EST. (Saliendo con el cabello esparcido y las facciones alteradas por el terror y la indignacion.)  
¡Ah don Diego! ¡ah señor!

DIEGO. ¡Estrella mía!

EST. ¡Llegué! ¡por fin llegué! ¡Me falta aliento!

PEDRO. ¿Vienes con honra, Estrella?

EST. ¡Pues vendría!  
¡Aún me siguen! ¡Él es! los pasos siento del infame raptor; no, no, mi huella perdió! gracias, mi Dios!

DIEGO. ¡Estrella! ¡Estrella!

EST. ¡Mi padre aquí! ¡mi hermano! ¡aquí mi esposo! los custodios de mi honra! ¡aquí á mi lado! ¡Si soñaré? ¡qué sueño tan hermoso! ¡Ellos son! ¡ellos son! ¡no lo he soñado!

DIEGO. ¡Cálmate, por piedad, Estrella! mira mi pena, mi dolor!

EST. ¡No como el mio!  
no tan fiero y cruel!

DIEGO. ¡Cielos!

PEDRO. ¡Delira!

EST. ¡Es desesperacion! ¡es desvarío!

DIEGO. Me hiciste concebir una esperanza,  
¿cuál es tu anhelo, Estrella?

EST. ¡La venganza!

DIEGO. ¡Desdichada!

EST. Venganza tan sangrienta  
que castigue su crimen y que borre  
la mancha vil de la espantosa afrenta  
que como lava por mis venas corre.

DIEGO. ¡Afrenta dices, infeliz!

EST. Don Diego,  
la virtud no es virtud sin heroismo;

no mancha sólo el arretrato ciego,  
para mí la intencion mancha lo mismo!  
¡Funesta noche! ¡venturoso dia!

DIEGO. ¡Habla, por compasion!

PEDRO. ¡Habla, hija mia!

EST. En el rudo fragor de la batalla,  
al áspero rumor de la pelea  
ví aparecer saltando la muralla  
al hombre vil que mi baldon desea.  
En el acero de la férrea malla  
y en su casco la luna centellea;  
de audacia lleno y de cordura falto  
desde la almena á mí llega de un salto.  
Lanzo un grito de espanto lastimero,  
y él sin cuidar de la contienda dura,  
viéndome sola en su poder, primero  
vencer con ruegos mi virtud procura;  
desengañado al fin llégase fiero,  
ase con ambas manos mi cintura  
y alzándome veloz sobre sus hombros  
salta sobre cadáveres y escombros.  
Al verme en su poder mortal desmayo  
me acometió por el pavor opresa.  
Cuando á mi ser volví, como va el rayo  
cruzábamos los dos la selva espesa.  
Yo libertarme de él, de nuevo ensayo,  
pero en sus brazos poderosos presa  
inútil siempre mi tenaz porfía  
su varonil esfuerzo me vencía.  
¡Traidor! le dije, robador impío  
que á una débil mujer así atropella,  
¿qué puedes conseguir sin mi albedrío,  
ni qué de mí alma cuando est oy sin ella!  
Sáciate sólo en mi cadáver frio;  
y él respondió anhelante: ¡Estrella! ¡Estrella!  
y de su amor frenético al exceso  
selló mis labios con impuro beso.  
Oh! yo me revolví como acosada  
fiera, que no encontrando la salida  
en el lazo traidor aprisionada  
quiere ántes que ceder perder la vida.  
Viendo por él mi boca mancillada,

hasta hoy del beso paternal guarida,  
quise borrar sus besos insolentes  
desgarrando mis labios con los dientes!  
Cedió por fin; al macilento brillo  
de la luna muriendo en el ocaso,  
llegamos á las puertas de un castillo  
que elevaba su mole en campo raso.  
Su bocina tocó, cayó el rastrillo  
á la horrible traicion abriendo paso,  
y en una estancia de perfumes llena  
entramos, él sombrío, yo serena.  
Allí ante mí postrándose de hinojos  
rogó, mas viendo inútil su porfía,  
viendo brillar de indignacion mis ojos  
llevóme á una prision honda y sombría.  
Un ruido de cadenas y cerrojos  
sentí; luégo una puerta que se abría,  
y entró Jimen diciéndome: «Señora,  
huyamos ántes de rayar la aurora.»  
Y saliendo despues por un portillo  
cubierto de zarzales y maleza,  
tomamos por la espalda del castillo  
á pie, campo través, hácia Baeza.  
Muerto ya de la luna el triste brillo  
sentí al cruzar del campo la aspereza,  
llevar al viento en ráfagas veloces  
de pisadas rumor y eco de voces.  
Corrí, corrí con alas más que el viento  
al creerme de nuevo perseguida,  
y próxima á perder en un momento  
la vida y el honor, que es más que vida,  
doblé mis pasos, redoblé mi aliento,  
y esta honra de mis padres no vencida  
que en vano la maldad manchar procura,  
señor, aquí os la traigo ilesa y pura!  
(D. Diego la tiende cariñosamente los brazos; despues expresando en su fisonomía la lucha interior que sostiene, dice rápida y vigorosamente.)

DIEGO. ¡Venganza!

TODOS. ¡Sí!

DIEGO. Mis huestes al instante;  
nunca sufre el baldon mi pecho noble;

en mi mano vereis vibrar pujante  
ó la lanza, ó la espada ó el mandoble.  
¡Al castillo del vil! ¡nada me arredra!  
á no dejarle piedra sobre piedra!

PEDRO. Así, don Diego, así, pronto, mi lanza!

ALONSO. ¡Muerte y venganza!

TODOS. ¡Sí! ¡muerte y venganza!

DIEGO. ¡Y Baeza!

PEDRO. ¿Y tu honor?

ALONSO. ¿Y don Rodrigo?

DIEGO. ¡Castilla! ¡honor! ¡salid!

(Vacilacion general. Airado.) ¡Salid os digo!

(Vánse todos ménos Estrella. D. Pedro y D. Alonso al salir lanzan fieras miradas sobre D. Diego.)

## ESCENA IX.

ESTRELLA, D. DIEGO.

DIEGO. ¡Estrella! ven aquí, dáme tu mano.

EST. ¡Mi mano! ¿qué intentais?

DIEGO. Sé que es honrada.

EST. No lo podeis dudar, señor.

DIEGO. Deseo  
un juramento nada más; me basta.

EST. ¿Cuál es?

DIEGO. Decir verdad.

EST. Nunca he mentado.

¡Jurar que no soy vil! ¡Eso me agravia!

Hablad, señor, lo que mi boca diga  
siempre será verdad.

DIEGO. Pues bien, ¿le amas?

EST. No.

DIEGO. ¿No sientes el fuego poderoso  
del amor abrasando tus entrañas?

EST. ¡No!

DIEGO. ¿Le olvidaste?

EST. Sí.

DIEGO. ¿Qué es lo que resta  
en tu pecho hácia él?

EST. ¡Desprecio! nada!

DIEGO. ¿El odio?





en el hondo silencio de la noche,  
al siniestro crugir de las espadas!  
Ladron cobarde que al viajero acecha  
y sin defensa y sin piedad le mata!  
¡Perdóname! perdóname!

EST. ¡Don Diego!

DIEGO. Tú lo dijiste, sí, no fueron vanas  
tus palabras, ¡verdad! ¡verdad funesta!  
el que una vez faltó mil veces falta,  
de los viciós la torpe levadura  
de la virtud los gérmenes arranca!  
fuí vicioso y traidor! ¡lo seré siempre!  
no hay para mí perdon, no hay esperanza!  
EST. ¡Señor! señor!

DIEGO. Si olvidas á Rodrigo,  
no has de olvidarme á mí?

EST. ¡Don Diego!

DIEGO. ¡Aparta!  
no quiero compasion, tu amor anhelo!  
tu amor! ¡sólo tu amor! (Estrella va á hablar.)  
No mientas! Calla!

(Óyese dentro gritaría, música guerrera y el rumor de la batalla.)

¡Ah! ¡qué escucho! el combate se ha empe-  
¡combate salvador! ¡el moro avanza! [ñado!  
¡adios, Estrella! ¡adios! mi deber cumplo,  
tu amor es imposible! ¡tú me matas!

(Váse frenético por la derecha.)

## ESCENA X.

ESTRELLA.

¡Qué dijo? ¿que yo le mato?  
no, don Diego, vuelve, vuelve,  
es la sangre que en tí corre  
sangre excelsa de los héroes.  
Quien tanto amor atesora,  
quien tanta nobleza tiene  
es digno del sacrificio...  
¡y del amor! ¡qué más quieres?  
Yo no te mato, don Diego,

no, don Diego, vuelve, vuelve!

ESCENA XI.

ESTRELLA, FERNAN.

FERNAN. (Agitado.) ¡Señora!

EST. ¿Eres tú, Fernan?

¿qué ha pasado? ¿qué sucede?

FERNAN. Vengo á buscar á don Diego;

el africano insolente

ha vuelto sobre Baeza

cuadruplicadas sus huestes.

Salió don Pedro Manrique

con poca, mas brava gente,

mientras los sesenta hombres

que la esplanada defienden

dando su vida, el impulso

del africano detienen:

Don Alonso, espada en mano,

es devastador torrente;

don Pedro raja, acuchilla,

pero los dos poco pueden.

Vengo á buscar á don Diego,

doña Estrella, y á Dios plegue

que como anoche su brazo

á los árabes enfrene

y en no perder la existencia

por sus desdichas se empeñe.

EST. ¿Qué estás diciendo?

FERNAN. Hace poco

me dijo con voz solemne

que su muerte era tu vida

y que va á buscar la muerte!

EST. ¡Ya ha partido! ¡ah, Fernan, dile

que si la existencia pierde

ha de perderse la mia

con la suya juntamente.

Dile que le espero! dile...

dile... ¿por qué te contienes,

corazon mio? ¡que le amo!

¡que le amo!

FERNAN.

¡Ah, señora!

(Asomándose á una almena.) ¡Vedle!

(Doña Estrella sube á la almena.)

á su aspecto amedrentados  
huyen los moros.—Revuelve  
su corcel, allí acuchilla,  
acá destroza, allá hiere...

Ya voy, señor! (Váse corriendo.)

EST.

(Desde la almena.) ¡Qué bizarro!

¡qué galan! y qué valiente!

¡Ah! no te expongas, bien mio!

mira que el número crece;

y que el que intenta imposibles

orgullosos á Dios ofende. (Con ansiedad.)

¡Ah don Diego! ¡Diego! Diego!

¿dónde vas?

(Echándose las manos á la cabeza baja la escalinata de las almenas dando traspiés, y cayendo en la escena.)

¡Jesús mil veces!

## ESCENA XII.

ESTRELLA desmayada, despues D. DIEGO y FERNAN.

Queda Estrella desmayada breves instantes.—Óyese el rumor de la batalla, unas veces más violenta, otras menos; ya cerca, ya lejos.—Pasado un corto espacio de tiempo, Estrella va volviendo en sí, sin darse cuenta de la situacion en que se halla.

EST.

¿Qué es esto? ¿Cómo aquí? ¿Cómo?

¿se extravía mi razon!

¡ay! me pesa el corazon

como una losa de plomo! (Dando un grito.)

¡Ah! sí, sí, desde una almena

ví á mi noble caballero,

sobre su corcel ligero...

despues! despues! ¡ah! qué pena!

Venid, acerbos pesares,

venid, fieras agonias!

derramad, lágrimas mias,

mis hondos duelos á mares!

(Vacila y cae en un banco ocultando el rostro entre las manos. D. Diego aparece al fondo moribundo, apoyado en Fernan.—Conócese en su fisonomía y en el esfuerzo que hace la lucha que sostiene con la muerte.)

DIEGO. ¡Me ama! ¡Fernan, me ama!  
¿no es verdad? ¡atrás! ¡oh muerte!  
esfuerzo para vencerte  
me da amor! ¡aquí me llama?

FERNAN. ¡Ah! mi señor!

DIEGO. Tengo brío  
para vencer mi agonía.

FERNAN. ¡Mírala allí!

DIEGO. ¡Estrella mia!

EST. (Dando un grito y corriendo á él.)

¡Ah don Diego! ¡Esposo mio!

(Abrázase á D. Diego frenética, y sosteniéndole le llevan entre los dos al baneo donde estuvo sentada Estrella.)

¿Cómo aquí? no lo comprendo!

¡te veo! me vuelvo loca!

¿cómo mi mano te toca?

cómo, d.?

DIEGO. ¡Me estoy muriendo!

EST. Dios su cólera mitiga!

DIEGO. ¡Me muero!

EST. ¡Dios es clemente!

DIEGO. Le ofendí villanamente,  
su justicia me castiga. (Pausa.)  
Pero una dicha se encierra  
en estas horas de duelo,  
mi ser se eleva hasta al cielo  
sin abandonar la tierra.  
Y veo luces brillar,  
y oigo una música suave,  
y sube mi alma como ave  
que libre empieza á volar.  
No sé si esos fuegos rojos  
son del Señor las moradas  
ó las celestes miradas  
de tus dulcísimos ojos.

(Pausa. Mira fija y cariñosamente á Estrella, luego su mirada aparece sombría.)

EST. ¡Don Diego!

DIEGO. Fiero dolor  
abate mi fortaleza.

EST. ¡Cuál?

DIEGO. Perdida está Baeza,  
el moro vence.

(Óyese un rumor confuso que va creciendo y aproximándose. Fernan corre á la almena.)

FERNAN. ¡Ah señor!  
una esperanza de gloria  
trae ese rumor creciente.

DIEGO. ¡Qué?

VOCES. (Fuera.) ¡Victoria!

EST. ¡Dios clemente!

FERNAN. ¡Victoria! ¡Señor, victoria!  
Don Pedro...

DIEGO. ¡Qué dices?

FERNAN. Digo  
que el triunfo es del castellano.

(Aparecen por el fondo D. Pedro con la bandera de Castilla en la mano, D. Alonso, Caballeros y Hombres de armas con estandartes, etc., cogidos al moro.)

### ESCENA XIII.

LOS MISMOS, D. PEDRO, D. ALONSO, CABALLEROS, HOMBRE DE ARMAS.

PEDRO. ¡Vencido va el africano!

ALONSO. Muerto queda don Rodrigo!

DIEGO. (Fijando la mirada en Estrella.)  
¡Muerto don Rodrigo!

EST. (Adivinando el pensamiento de D. Diego.)  
No!

deshecha ese pensamiento,  
para mí no hay más tormento  
que perderte.

DIEGO. (Con extremada dulzura.) ¡Estrella!

PEDRO y ALONSO. (Acercándose.) ¡Oh!

DIEGO. Sí, la muerte el plazo acorta  
de mi vida, pero el rey  
verá cumplida su ley,  
lo que resta poco importa.

(Tendiendo la mano á la bandera de Castilla, que  
D. Pedro le entrega.)

Ven, bandera sin mancilla;  
ven, victorioso pendon,  
cúbreme con tu blason  
santo emblema de Castilla.

(Tendiendo la otra mano á Estrella.)

¡Estrella! á mi lado! ¡Estrella!

¡Diego! ¡Diego!

EST.

DIEGO.

Aquí! á mi lado!

quiero morir abrazado  
contigo! Sí, sí... y con ella!  
Bendito sea el Señor  
que en mi lápida mortuoria  
junta el laurel de la gloria  
á la palma del amor.

(Muere. Estrella da un grito desgarrador, pero  
dominando su pena levanta la frente.)

EST.

¡Muerto! Esforzados varones,  
romped las nobles espadas!  
banderas immaculadas,  
ceñid fúnebres crespones!  
Ante su heróica grandeza  
toda soberbia sucumba,  
¡orad! ¡orad en la tumba  
del FRONTERO DE BAEZA!

(Todos se descubren y arrodillan. Cuadro.)

FIN DEL DRAMA.

## ZARZUELAS.

		¡De los toros! . . . . .	1	Sres. Nombela y Castillo.	M.
		El amor de un boticario. . . . .	1	D. Carlos Mangiagalli..	M.
2	2	El estudiantillo. . . . .	1	Sres. Cuartero y Herndz.	L. y M.
5	1	Lo que puede decirse, <i>parodia</i> .	1	D. Carlos Mangiagalli..	M.
		Ladrones! . . . . .	1	Sres. Amatriain y Ruiz.	M.
2	3	Maestro de amor. . . . .	1	Navarro y Alcalá Ga- liano. . . . .	L. y M.
3	1	Quítese usted la ropa. . . . .	1	Mota y Mart. Rucker.	L. y M.
		Skating Ring. . . . .	1	Mariano Barranco. . .	L.
»	»	Un crimen misterioso. . . . .	1	Lastra y Valverde y Chueca. . . . .	L. y M.
		Un maestro de obra prima. . . . .	1	Ruesga, Valverde, y Chueca. . . . .	L. y M.
12	9 c.	¡Á los toros! . . . . .	2	Vega, Valverde y Chueca. . . . .	L. y M.
		¡Bonito país! . . . . .	2	Valverde, Breton y Chueca. . . . .	M.
»	»	El laurel de oro. . . . .	2	Rubio y Taboada. . . .	M.
		El pájaro verde. . . . .	2	D. Carlos Mangiagalli..	M.
		Huyendo de ellas. . . . .	2	Sres. Povedano, Navarro, Breton y Valle. . . . .	L. y M.
		Los Madriles. . . . .	2	Ramos y P. Doming.	L. y M.
		Quiera usted á mi mujer. . . . .	3	Cuartero y Mangiag.	L. y M.
		Los sobrinos del capitán Grant.	4	D. M. Ramos Carrión..	L. y M.

# PUNTOS DE VENTA.

---

## MADRID.

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Alfonso Durán*, y *J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *D. Leocadio Lopez*, calle del Carmen; y de *Murillo*, calle de Alcalá.

## PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.